

TERCERA PARTE
El beneficio de Cristo

TRATTATO
VTILISSIMO
DEL BENEFICIO DI
GIESV CHRISTO
CROCIFISSO,
VERSO I
CHRI-
STIANI.

5

Venetie Apud Bernardinum
de Bindonis. Anno Do.
M, D, XXXIII,

Carta enviada a Nápoles desde la ciudad pontificia de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 1 de mayo de 1541.

Al muy honorable señor Giovanni Pietro Carafa, en Nápoles.

Señor mío reverendísimo:

Las noticias que Vuestra Señoría me da sobre la derrota del Emperador en Argel y sobre el descalabro de sus tropas en Hungría a manos de los turcos permiten confiar a este corazón en ver pronto al Habsburgo doblegarse bajo los golpes de sus adversarios y disgregado su inmenso poder. Si a esto añadimos las nuevas procedentes de Francia, a saber, la intención de Francisco I de reanudar la guerra, creo que el momento es particularmente propicio para las esperanzas de Vuestra Señoría y de este su servidor. Nunca antes el Emperador se ha encontrado con tantas dificultades para custodiar sus inmensas fronteras; nunca antes sus deudas con los banqueros alemanes fueron tan elevadas ni estuvieron tan lejos de poder ser saldadas.

No es de extrañar, por consiguiente, que trate de reunir a la Cristiandad bajo su bandera, haciendo concesiones a los príncipes protestantes en Alemania, a fin de que acudan en su ayuda a las llanuras húngaras y a los Balcanes contra el avance de Solimán. Los luteranos están ya consolidados en Sajonia y en Brandeburgo y el Emperador está dispuesto a tomar nota y a condescender y a que Roma se quede para siempre al margen de aquellos principados.

No obstante, la esperanza de quien trata de obstaculizar el poder de Carlos V es que los príncipes no cedan a sus lisonjas y continúen mirándolo como se mira a un enemigo fuerte con el que negociar, pero no para elegirlo como aliado. Las simpatías de Felipe de Hesse no son, efectivamente, una buena señal: el Emperador ha hecho la vista gorda sobre la bigamia del landgrave con tal de tenerlo de nuevo de su lado y este se ha prestado a un vil mercadeo.

Pero tanto da; la intención que Carlos persigue por cualquier medio es la de empujar a la Iglesia Romana y a los teólogos luteranos a sentarse a una misma mesa y no cabe ninguna duda de que dará guerra: no habiendo conseguido derrotar a los príncipes luteranos, hoy quisiera convertirse en el paladín de la Cristiandad reunida bajo la enseña de la nueva cruzada contra los turcos, convencido de que ello le haría invencible. Para esto está dispuesto a gastar todos los recursos que le quedan.

Afortunadamente, tengo el placer de enterarme de que la Dieta

de Worms no ha dado los frutos deseados por Carlos: los doctores luteranos continúan mirando de reojo a la Santa Sede y a los principales católicos.

Puesto que conocí en persona a Lutero y a Melancthon en la época de su ascensión, puedo añadir que son hombres demasiado orgullosos y suspicaces para condescender a una reconciliación con Roma. Lo cual juega a favor de los planes de Vuestra Señoría y por el momento impide ese acercamiento entre católicos y luteranos que hoy sería funesto.

No obstante, el peligro, en vez de llegar de más allá de los Alpes, podría surgir del seno mismo de la Santa Iglesia Romana.

El nuevo hábito que Vuestra Señoría ha tenido a bien concederme llevar para seguir sirviendo a la causa de Dios y la privilegiada atalaya a la que he logrado acceder, me permiten contar en efecto con noticias de primera mano y reunir cuantiosos elementos que el interés de mi meritisimo señor necesita que no se vean desatendidos. Una vez más la perspicacia de Vuestra Señoría se ha revelado más que eficaz.

Puedo, así pues, afirmar con certeza que el que va constituyéndose aquí en Viterbo, en la sede del Patrimonio de San Pedro, es un verdadero partido favorable al diálogo con los luteranos, el cual puede presentar un flanco fácil a las aspiraciones del Emperador. Vuestra Señoría suele calificarlos de espirituales, aludiendo con ello a los cardenales abiertos a algunas de las peligrosas doctrinas de Lutero y de ese nuevo heresiarca ginebrino del que hoy todos hablan: Juan Calvino; no obstante, por más que sea cierto que el círculo viterbés gravita en torno al cultísimo cardenal Polo, debo informar a mi señor que el círculo de personas del que este se ha rodeado desde que fuera nombrado Gobernador Papal del Patrimonium, incluye a literatos de todo tipo, laicos y clérigos procedentes de medio mundo, unidos por el propósito común de abrir la Iglesia a las demandas concebidas por el pérfido Lutero. Y justamente esta ingenua aceptación de todo intelecto que se adhiera a su causa ha permitido a este solícito servidor de V.S. entrar a formar parte del círculo y ganarse los favores de sus miembros más ilustres: se han mostrado más que contentos de contar en sus filas con un literato que conoce bien los textos producidos en las universidades germánicas.

Permítaseme, pues, exponer la impresión que he podido sacar del que sin duda debe considerarse el inspirador de esta congregación, o sea, el cardenal inglés Reginaldo Polo. Este goza de la intachable fama de mártir del catolicismo, por haber tenido que escapar de su tierra natal a causa del cisma perpetrado por Enrique VIII, y esto hace difícil levantar cualquier tipo de sospecha sobre su ortodoxia. Es hombre culto y refinado, incapaz de desconfianza ni de mala fe, un

genuino defensor de la posibilidad de poner en marcha un diálogo con los protestantes con el fin de volver a llevarlos al cauce de la Santa Iglesia Romana.

Tal como decía poco antes, no hay que extrañarse de que el Emperador mire a este piadoso hombre de Iglesia como a un campeón de sus propios intereses.

Polo goza también de los favores del cardenal de Bolonia Contarini, el elegido por Su Santidad el papa Paulo III para llevar a cabo nuevas gestiones con los luteranos de Ratisbona, tras el fracaso de la Dieta de Worms. A estos se añaden el cardenal Morone, el obispo de Módena, Gonzaga de Mantua, Giberti de Verona, Cortese y Badia en la Curia pontificia. Todos tienen con respecto a las doctrinas protestantes una posición más bien flexible, predicando la persuasión de los hermanos que se han apartado del recto camino de Roma, y en consecuencia aborreciendo la persecución de tales ideas por medio de la fuerza de la coerción.

Reginaldo Polo, como Vuestra Señoría no ignora, es hombre de letras que estudió en Oxford juntamente con ese Tomás Moro cuyas peripecias tanto han sacudido a la Cristiandad. Mártir amigo de mártires: sus credenciales parecen realmente intachables. Concluyó posteriormente los estudios en Padua y por consiguiente es también un buen conocedor de la realidad italiana.

No es difícil, por tanto, imaginar lo mucho que se entiende con los literatos de los que se rodea y muy en especial con Marco Antonio Flaminio, poeta y traductor que goza de los favores de Su Santidad Paulo III, y del que, por dicha razón, Vuestra Señoría tiene ya seguramente que haber oído hablar. La asociación entre Polo y Flaminio formada aquí en Viterbo no es, en mi opinión, menos peligrosa que la que se consolidó hace más de veinte años, en Wittenberg, entre Martín Lutero y Philipp Melanchthon. Cuando una fe obcecadamente vivida se topa con las letras, lo que de ello nace es casi siempre algo grandioso, tanto para bien como para mal.

Cuanto antes me sea posible hacer llegar a Vuestra Señoría posteriores noticias acerca de lo que se trama en Viterbo, antes podrá verse satisfecho el deseo de serviros.

Beso las manos de Vuestra Señoría y me encomiendo a su gracia.

De Viterbo, el día 1 de mayo del año 1541,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad pontificia de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 18 de noviembre de 1541.

Al reverendísimo y meritísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Muy honorable señor mío:

Me entero con satisfacción del fracaso de la iniciativa llevada a cabo por el cardenal Contarini en Ratisbona. Tal como había previsto, los luteranos se han mostrado inamovibles con respecto a la doctrina de la justificación por la fe y, a pesar de la condescendencia de Contarini, la hábil diplomacia de Vuestra Señoría ha sabido prevenir y rechazar el fatal acuerdo que parecía a punto de ser sancionado.

Es una desilusión amarga para los miembros del círculo de Reginaldo Polo, en cuyos rostros sombríos leo hoy la derrota.

A pesar de ello, no conviene envainar la espada, pues el peligro representado por estas mentes está todo menos vencido. Y justamente es de una nueva amenaza de la que me apresuro a dar minuciosa cuenta, a fin de que Vuestra Señoría sepa aconsejar a Su servidor acerca de las medidas que considere oportuno tomar.

Las conversaciones de Ratisbona han supuesto el peligro de que la doctrina de la Santa Iglesia Romana sobre la salvación se viera contaminada por la de los herejes luteranos.

Como V.S. sabe, los teólogos protestantes, haciéndose fuertes en determinados pasajes paulinos mal interpretados (Mt 25, 34; Rm 8, 28-30; Ef 1, 4-6), afirman que aquellos a quienes Dios ha elegido como sus santos desde los orígenes del mundo, y solamente estos, se salvarían en el Último Día. La realización de buenas obras como prenda de salvación eterna sería, pues, una pura ilusión. La salvación estaría garantizada para los elegidos, no por las acciones meritorias, sino más bien por el don divino de la fe y por nada más. En consecuencia, ninguna buena obra que el cristiano lleve a cabo puede intervenir para cambiar este don originario recibido por algunos hombres, los elegidos, los predestinados a la salvación en los designios de Dios.

No es preciso recordar lo peligrosa que esta doctrina es para el buen orden cristiano, que debe afirmarse por el contrario justamente sobre la base de la libre elección de la fe o de su rechazo por parte de los hombres. Por lo demás, no dudo en afirmar que precisamente la doctrina conocida como justificación por la fe es el pilar que sustenta todos los actos nefandos llevados a cabo por los luteranos en vein-

ticinco años. Ella es el pilar de su teología invertida, además de aquello que les confiere la fuerza necesaria para enfrentarse a la Santa Sede sin la menor humildad, para poner en entredicho la jerarquía de la Santa Iglesia Romana, y todo ello en nombre de la inutilidad de un juez para las acciones humanas y de una autoridad eclesiástica que administre la regla y juzgue precisamente quién es digno de entrar en el Reino de Dios y quién no. V.S. recordará sin duda que una de las primeras osadías de Lutero fue precisamente la de no reconocerle al Santo Padre la autoridad de la excomunión.

Pues bien, lo que el cardenal Contarini no pudo, a saber, el desvirtuar y atentar contra la doctrina católica de la salvación por medio de las obras, lo podría hoy el cada vez menos restringido círculo de acólitos del cardenal Polo.

Ya en el pasado tuve que referir a Vuestra Señoría la fascinación peligrosa que ejercían sobre los espíritus sin preparación los escritos de aquel joven ginebrino que parecía haber recogido el testigo de Lutero a la hora de sembrar la herejía. Me refiero a ese Juan Calvino, autor de una mefítica obra, la Institución de la religión cristiana, en la que se confirman y refuerzan muchas de las ideas alumbradas por la mente herética del monje Lutero, en primer lugar la conocida como justificación por la fe.

Precisamente, dicha obra ha inspirado la que considero la publicación más peligrosa para estas tierras italianas desde los pérfidos sermones de Savonarola y que debemos al genio extraviado de las mentes viterbesas, entre las cuales me encuentro.

Me refiero a un breve tratado cuya peligrosidad supera con creces su volumen, ya que hay expuesta lisa y llanamente, en un lenguaje perfectamente comprensible para cualquiera, la doctrina protestante de la justificación por la fe como si ella no contradijera en absoluto la doctrina de la Iglesia.

No cabe duda de que se trata del intento de este círculo de literatos y clérigos de introducir en la base doctrinal elementos que favorezcan el acercamiento entre católicos y luteranos, aceptando en su totalidad la doctrina de la salvación defendida por estos últimos.

El autor del texto en cuestión es un fraile benedictino, un tal Benedetto Fontanini de Mantua, en la actualidad residente en el monasterio de San Nicolò l'Arena, en las laderas del monte Etna. Pero las manos que han trabajado en la redacción del texto, introduciendo en él traducciones casi literales de la Institución de Calvino, son las de Reginaldo Polo y de Marco Antonio Flaminio.

Las indagaciones llevadas a cabo con extrema cautela me han llevado a descubrir que el cardenal Polo tuvo ocasión de conocer a fray Benedetto ya en 1534, cuando, huyendo de Inglaterra, acertó a pasar

por el monasterio de la isla de San Giorgio Maggiore de Venecia. En esa época, en efecto, Fontanini residía allí. Debe saber V.S. que el abad del convento de San Giorgio Maggiore a la sazón no era otro que Gregorio Cortese, que hoy es un ferviente defensor de los espirituales en la Curia.

A este precedente añádese el hecho de que dos años después, en el 36, también Marco Antonio Flaminio se dirigió a aquel convento, llamado precisamente por Cortese con el pretexto de que se hiciera cargo de la impresión de la paráfrasis latina del Libro XII de la Metafísica de Aristóteles.

Así pues, el cardenal Polo, Cortese y Flaminio. Todos ellos amigos, todos muy próximos a la política conciliadora del cardenal Contarini de Bolonia. He aquí las mentes que han alumbrado esta obra terrible. Si fray Benedetto de Mantua amasó la arcilla, el círculo de los espirituales la modeló y transformó en un vaso lleno de herejía.

El título del tratado habla por sí solo, ya que retoma literalmente una expresión empleada en numerosas ocasiones por Melanchthon en sus Lugares comunes.

El beneficio de Cristo, o Tratado utilísimo para los cristianos del beneficio de Jesucristo crucificado. Este es el título de la obra cuya redacción es ultimada en estos días por Flaminio, y en el que se afirma claramente que

bastará la justicia de Cristo para hacernos justos e hijos amados sin necesidad de nuestras buenas obras, las cuales no pueden ser buenas, si, antes de que las hagamos, no somos nosotros buenos y justos por la fe.

Puede perfectamente Vuestra Señoría juzgar la amenaza que la difusión de este tipo de ideas puede representar para la Cristiandad y muy en particular para la Santa Sede, en el caso de que ganaran aceptación. Si luego el librito encontrase el aplauso entre los notables de la Iglesia, podría estallar una epidemia de consenso para los protestantes en el seno de la Iglesia de Roma. No me atrevo a pensar qué odiosas consecuencias podría ello tener en la política de la Santa Sede en relación con Carlos V.

Estoy listo, pues, para recibir nuevas directrices de vuestro ingenio, convencido como estoy de que sabréis aconsejar una vez más del mejor modo a este celoso siervo vuestro.

Poniendo toda mi confianza en Vuestra Señoría, beso sus manos.

De Viterbo, 18 de noviembre de 1541,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

Carta enviada a Roma desde la ciudad pontificia de Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 27 de junio de 1543.

Al meritísimo y reverendísimo Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Señor mío meritísimo:

Escribo para comunicarle a Vuestra Señoría que ya sé con toda seguridad que ha sido dado a la imprenta El beneficio de Cristo en Venecia.

Hace unos pocos días Marco Antonio Flaminio regresó del viaje que ha realizado en el séquito del Santo Padre a Busseto para tener un encuentro con el Emperador. Preguntando a uno de los pajes de Flaminio he tenido conocimiento de cuáles han sido sus desplazamientos. Pues bien, las sospechas que alimentaba se han revelado fundadas. En efecto, Flaminio, tras haber participado en el encuentro de Busseto y haber pasado allí el mes de mayo, volvió sobre sus pasos realizando un insólito desvío hacia Venecia. Me ha contado el paje que visitó la imprenta de un tal Bernardo de' Bindoni, pero que no estaba en condiciones de decir más. Pese a ello, estoy convencido de que no se ha tratado sino de la entrega o quizá ya de la última revisión del texto en cuestión.

Desde que hace un año el papa Paulo III confiara al cuidado de Vuestra Señoría la renacida Congregación del Santo Oficio, estableciendo que la herejía puede ser perseguida dondequiera que anide y con todos los medios que sean necesarios, los espirituales han tenido que espabilarse. La bula de Su Santidad Licet ab initio, el consiguiente relanzamiento de la Inquisición y últimamente la muerte del cardenal Contarini, llevaron a Polo y a Flaminio a moverse con extrema cautela. Sospechaba que imprimirían el librito en el extranjero; además, ellos no ignoran que Venecia goza de una especial libertad en materia de impresión y venta de libros, y si todavía subsistía en mí alguna duda acerca del motivo de la visita de Flaminio a la imprenta veneciana, estas consideraciones la ahuyentan por completo.

Mi señor sabe perfectamente qué peligrosa arma puede ser la imprenta: sin ella Lutero sería todavía el profesor de la desconocida universidad de una pequeña y fangosa ciudad sajona.

En espera de poder proporcionar pronto nuevas informaciones útiles a mi señor, beso las manos de Vuestra Señoría.

De Viterbo, 27 de junio de 1543,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

Carta enviada a Roma desde la sede central de la compañía Fugger en Augsburgo, fechada el 6 de mayo de 1544.

Al ilustrísimo y eminentísimo cardenal Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

A Vuestra Señoría reverendísima le deseo salud y toda clase de bienes, en la esperanza de que estas líneas, pergeñadas por un piadoso cristiano siervo devotísimo de la Santa Iglesia Romana, no conozcan otros ojos que los de Vuestra Señoría.

Los largos años de amistad que ligan a mi familia y a Vuestra Señoría permiten que no haya necesidad de embellecer con falsas palabras la gracia que me dispongo a solicitar de Vos. En más de una ocasión Vuestra Eminencia ha querido concederme el honor de prestar nuestros servicios a los negocios que Vos teniais en tierras germánicas; más de una vez esta alma se ha visto honrada de prestar su ayuda, con los medios que el buen Dios ha querido concederle en la tierra, a las operaciones y a las negociaciones que Vuestra Señoría ha emprendido aquí; entre dichos servicios puede incluirse el haber puesto a su disposición una ingente suma de dinero para los agentes que V.S. mantiene en tierras alemanas y en la corte del Emperador.

Pues bien, una tal deuda podría desaparecer de repente, como si nunca hubiera existido, de los libros de contabilidad de esta compañía, en el caso de que quisierais concedernos lo que pedimos.

Debéis saber que nuestra compañía ha sido objeto de un engaño formidable y espantoso, al que es necesario poner remedio cuanto antes; y puesto que no considero conveniente para los intereses de la familia dejar que la cosa trascienda al común, me veo obligado a solicitar la intervención de Vuestra Señoría.

Sin entrar demasiado en los pormenores del infernal ardid, baste con saber que desde hace algún tiempo había advertido una cierta incongruencia en las cuentas anuales de la compañía: algo no cuadraba perfectamente, una cuestión de simples comas, de alguna cifra irrelevante, en los libros de contabilidad; y sin embargo, quedaba la sensación, dado que los vastos intereses de los Fugger en Europa son casi de por sí incalculables, de imaginar lo fácil que puede ser descubrir pequeños resquicios. Pero el resquicio existía, y cada año que pasaba la sensación iba adquiriendo el cariz de la sospecha y paulatinamente de la certeza. Era como si las filiales periféricas de la compañía equivocaran mínimamente las cuentas, como si redondearan por ex-

ceso la cantidad de dinero emitida en forma de letras de cambio. Tanto es así que al principio pensé en uno de nuestros agentes como responsable del engaño: y sin embargo, eso parecía extraño, ya que antes de elegir a los hombres a quienes confiar la administración de nuestros intereses los valoramos de pies a cabeza y a menudo hasta los vinculamos a nuestro patrimonio personal, de forma que sean una sola y misma cosa con el interés de la compañía.

Y en efecto estaba equivocado, pues el parásito procedía del exterior.

No puede imaginarse V.S. qué gastos y el tiempo que se han requerido para descubrir a los culpables: nos hemos visto obligados a enviar comisarios especiales a cada filial y a cada agencia Fugger, con el fin de que supervisaran durante un año entero las actividades de préstamo. Entre agencias y filiales son más de sesenta en toda Europa.

Hizo falta un año entero para recorrer en sentido inverso, de mercader en mercader, los movimientos de las letras de cambio emitidas por nosotros y comprender qué era lo que no cuadraba en nuestras cuentas. Fue de este modo como pudimos descubrir que algunas de las letras de cambio cobradas en nuestras agencias eran falsas.

Pues bien, el elemento común en los mercados en que indagamos era la presencia de un aparentemente inocuo mercader de lino, azúcar y pieles curtidas. Por más que ello pueda parecer algo raro por nuestra parte, seguimos sus desplazamientos comerciales y nos parecieron cuando menos insólitos. Sin comerciar en bienes demasiado preciados, aquel cubría distancias el doble de largas que las que hubieran bastado para vender su mercancía: lo que desde Suecia podía ser vendido en el mercado de Amberes, era transportado a Portugal; lo que desde Brest podía encontrar un excelente mercado en Inglaterra, terminaba en la plaza de Hamburgo, y así sucesivamente. Nuestro mercader daba prioridad, en resumen, a las plazas periféricas. En un principio pensamos que una elección semejante podía deberse a la esperanza de unas ganancias mayores, pero descubrimos que no era así, ya que los precios puestos por este no eran en absoluto superiores a la media. Pero el detalle aún más extraño era que resultaba ser un acreedor de nuestra compañía, que había abierto una cuenta en nuestra filial de Amberes hace seis años.

Su nombre es Hans Grüeb, alemán por tanto de nacimiento. No obstante, mis comisarios no han encontrado rastro de este nombre en ningún mercado alemán. Parece que este apareció por vez primera en Amberes en 1538. Por tanto indagamos en esa ciudad, descubriendo que su socio en los negocios es un personaje de lo más ambiguo y sospechoso, un tal Loy, o Lodewijck de Schaliendecker, o Eloi Pruystinck, hasta hace seis años un simple operario que pone tejados

y ya conocido por las autoridades de Amberes por ser sospechoso de herejía.

Estábamos seguros ya de haber identificado a los responsables del terrible engaño en detrimento nuestro. Todavía no sabemos cómo estos han conseguido reproducir copias perfectas de letras de cambio Fugger; no obstante, no tenemos intención de esperar más, corriendo el riesgo de sufrir ulteriores daños.

Ahora bien, el motivo por el cual me he decidido a solicitar la intervención de Vuestra Señoría es que no considero conveniente en una situación de dificultad de este tipo el denunciar a los dos sospechosos a las autoridades locales. La compañía sufriría un daño irreparable si diera a conocer la noticia de que circulan por los mercados letras de cambio nuestras falsificadas. Se produciría, en efecto, una terrible crisis de confianza en relación con nosotros y en poco tiempo correríamos el riesgo de ver a los acreedores retirar su dinero de nuestras arcas. Me permito añadir que tal consecuencia sería nefasta para muchos y no solo para los Fugger: los intereses de la compañía se hallan estrechamente vinculados a los de muchas cortes, no siendo la menos importante de ellas la Santa Sede.

Pues bien, existe para nuestra común suerte una posibilidad que permitiría a unos y a otros resolver este problema, sin que nadie sufra un gran perjuicio.

Como decía, el tal Eloi Pruystinck era sospechoso desde hacía algún tiempo de herejía, ya que practica y predica el régimen de comunidad de las mujeres, la renuncia a la propiedad privada y niega, tal dicen mis informadores, la existencia del pecado. Hasta ahora la astucia de este pequeño hereje les ha permitido a él y a sus compinches escapar siempre de las acusaciones de blasfemia y apostasía. Pero desde que Su Santidad Paulo III ha restablecido la Inquisición, poniendo a su cabeza a Vuestra Señoría, puedo esperar que dichos eloístas sean finalmente incriminados y procesados.

Lo que solicito de la magnanimidad de Vuestra Señoría no es ni más ni menos que dirija la atención del Tribunal del Santo Oficio sobre estos condenados herejes, amén de arteros estafadores, a fin de que cesen de propalar sus ideas blasfemas y al mismo tiempo de lesionar los intereses de nuestra compañía, sin que de este modo se sepa nada del daño que nos han causado.

Confiado humildemente en la intervención de Vuestra Señoría, y confirmando la amistad que nos une, beso las manos de Vuestra Señoría.

De Augsburgo, 6 de mayo del año 1544,
Anton Fugger, siervo de Dios

**Basilea
(1545)**

CAPÍTULO 1

Basilea, martes de Carnestolendas de 1545

—No me vengáis diciendo que no os lo dije, compadre Oporinus. Hace dos años que os vengo repitiendo que no perdáis de vista a ese Sebastian Münster. Un discípulo de Melanchthon, uno con dos hombros así de grandes, ¿entendido?, que escribe una *Cosmografía* como no se ha visto jamás otra igual, geografía y novela, cartografía y anécdotas, ilustraciones y texto, un auténtico acontecimiento, ¿entendido? ¡Y hacéis que la haga publicar por esos carcamales de la tipografía Hericpetrina, cinco mil ejemplares en cinco meses, no es grano de anís!

Pietro Perna es un río de palabras en un alemán chapurreado, mezcla de italiano y latín, que se desborda sin previo aviso en la imprenta de micer Oporinus, una de las más importantes de toda Suiza.

—¿Haremos enseguida una traducción italiana de este genio o vamos a esperar a que la publique cualquier otro? Pero ¿qué es esto?

Coge un libro de un anaquel y lo hojea, casi lo frota entre las manos grasientas, luego lo lanza sobre la mesa con una expresión de desagrado. Se acerca a Oporinus y lo coge por los hombros, torpemente, pues es por lo menos dos palmos más bajo que él. Con un ademán lo somete a nuestra atención.

—¡Señores, el gran Oporinus, que ha publicado hace poco el libro que le garantizará fama imperecedera, el extraordinario *De Fabrica del gran anatomista y dibujante Vesalio*, está interesado al mismo tiempo por una colección de dichos burlescos sobre la circulación de la sangre, un volumen sin ninguna ilustración, que parece obra del más fiel seguidor de Aristóteles! Pero ¿queréis entender de una vez, compadre, que los tratados científicos que no demuestran aquello de lo que hablan deben ir a parar al cu-bo-de-la-ba-su-ra?

Da vueltas nervioso por entre las mesas frotándose las manos, mientras Oporinus nos lanza miradas de desconuelo. Italiano, uno de los hombres más bajos que he tenido ocasión de conocer, si excluimos los enanos propiamente dichos, blasfemo empedernido, casi completamente calvo e incapaz de parar quieto un momento, Pietro Perna es un personaje muy conocido en Basilea. Según parece, se pasa por aquí todos los meses, para aconsejar publicaciones, ver novedades, criticar obras y, sobre todo, proveerse de libros prohibidos, clandestinos, sospechosos de herejía, que a su vez vende en las librerías de todos los ducados, las repúblicas, los estados y las señorías de la Italia del norte.

—¿Stancaro? Olvidadlo, compadre Oporinus. ¡Es lo más aburrido del mundo!

—¿Aburrido, decís? —Es una voz llena de resentido estupor—. Francesco Stancaro es un hombre cultísimo, un hebraísta refinado. En su próximo escrito establecerá un paralelismo entre anabaptistas y judíos en relación con la venida de...

—¡Muy bonito, interesante y digno del mayor de los respetos! —Baja el minúsculo brazo y con un gesto barre todo delante de él—. Pero ¿cuántos sonámbulos crees que van a comprar semejante cosa?

—Vender, no pensáis en otra cosa. Pero hay libros que resulta conveniente publicar de todas formas: dan prestigio, bienquistan a determinados detractores...

—Mi único prestigio te diré yo cuál es, compadre: que los libros que aconsejo y distribuyo hacen pasar las noches en blanco a los operarios de la imprenta. En una palabra, vamos, que los ataques frontales, las discusiones que hilan muy fino, las acusaciones, no gustan ya a nadie. Lo que priva ahora es la miscelánea, ¿entendido?, ¡la mis-ce-lá-nea! Esas cosas que te dejan con el aliento en suspenso, ¿entendido?, y que hasta el final no sabe uno si se trata de un autor herético u ortodoxo. Libros como El beneficio de Cristo, escrito por un fraile católico pero lleno de temas caros a la fe de Alemania. ¡Stancaro! ¿Y quién os aconseja eso? ¿Nuestro anabaptista, ese?

Me ha señalado a mí. Viene hacia donde estoy yo. Una serie de rápidas palmaditas en la espalda.

—¡Bueno, bueno! La idea no deja de ser astuta. Original no, pero sí astuta. Este Stancaro vomita anatemas contra los anabaptistas. No los lugares comunes de siempre. Algo serio. Bien: ¿qué mejor modo de exponer las características de vuestra fe a toda Italia?

Una mirada de reojo:

—¿Mía? ¿Fe? —Me río a gusto y le devuelvo la palmada—. ¡Vos no me conocéis a mí!

Pietro Perna se vuelve a levantar del suelo quitándose el polvo de la ropa.

—¡Putá miseria, pero qué largo de mano que sois, compadre! Recuerdo a uno en Florencia que...

Oporinus interviene con ademán paternal, aun sabiendo que cuando habla de Italia, Perna se vuelve imparable:

—Vamos, micer Pietro, centrémonos en los negocios. Estos señores están esperando y vos les habéis pasado delante. ¿Qué os interesa?

El italiano sigue dando vueltas por entre las mesas y mesitas, cogiendo un libro a cada paso:

–Este no, este no, este tampoco. ¡Este! –Abofetea la tapa con el dorso de la mano–. Reservadme veinte ejemplares de este y un centenar del de Vesalio.

Entretanto, unas campanadas me recuerdan sin duda alguna que es ya tarde. Le hago una seña a Oporinus de que volveré a pasarme y me dirijo hacia la salida.

–No, esperad. –La voz estridente de Perna y sus pasos rápidos detrás de mí. Como si no hubiera dicho nada–. Os digo que esperéis. Al tanto, Oporinus: el tercer libro de la obra de Rabelais, traducidlo, ¿a qué esperáis?, y luego Miguel Servet, ¿habéis leído su tratado contra la Trinidad, eh? ¿No la habréis tomado contra mí por el asunto ese de la fe?

Me alcanza al cabo de media legua de persecución, secándose con un pañuelo la generosa extensión de su frente.

–Pero ¡qué susceptible que sois, compadre! ¡Vosotros los nórdicos no sabéis lo que es la ironía!

–Es posible –respondo yo desprendiéndome enseguida de su sudada mano–, y os ruego que me perdonéis por el manotazo de antes, pero, como sabéis, los nórdicos no están acostumbrados a ponerse las manos encima, si no es para zurrarse.

El italiano se esfuerza por tomar aliento tras la larga carrera, mientras trata de mantener mi paso ligero:

–Me han dicho de vos que sois muy rico, que habéis visto más de lo que uno pueda imaginarse, que sois anabaptista y estáis interesado en el comercio de libros. Con respecto al anabaptismo, me parece haber comprendido cómo están las cosas. ¿En cuanto a lo demás?

–Dejémoslo como está: si todo lo demás fuera cierto, ¿qué me pediríais?

–Os propondría un negocio.

Sacudo la cabeza:

–La última persona que lo hizo fue ajusticiada hará unos pocos meses. ¡Olvidaos de ello, os lo aconsejo!

Insiste en aferrarme el brazo con esa mano:

–¡No os las deis de supersticioso con un italiano, compadre!

–No se trata de superstición. Es lo que ha sucedido hasta ahora: todos aquellos que han tenido algo que ver conmigo han acabado mal.

–¡Pero vos estáis vivo! –grita con ese tono de voz siempre demasiado alto–, y yo soy un hombre muy afortunado.

Se para delante de mí, caminando hacia atrás con los brazos extendidos:

—¡Escuchad al menos de qué se trata! Tiene que ver con el libro al que me he referido anteriormente, El beneficio de Cristo. Un escrito que armará mu-cho-ru-i-do. Entendámonos: todo lo que en él se dice, en sí, es algo para caerse muerto de sueño, ¿entendido?, un engrudo sobre la justificación solo por la fe, pero lo que cuenta es que lo han escrito unos cardenales. Y ello significa escándalo, ¿entendido?, y escándalo significa miles de ejemplares.

Levanto el cuello de piel del jubón para protegerme las orejas del helado viento.

—Hábladle de ello a Oporinus, ¿no? Estoy convencido de que la cuestión a él le interesa.

—Oporinus no tiene nada que ver en esto, compadre. El beneficio de Cristo es un libro que interesa exclusivamente en Italia. No se publica un libro así en Basilea.

—¿Y dónde se publica, entonces?

—En Venecia. De hecho, es allí donde ha visto la luz. Pero no tardarán en prohibir su impresión, y es cuestión de pocos meses, tal vez su actual editor deje de tirar más ejemplares, ¿entendido?, y tal vez los que lo están distribuyendo hoy no quieran tener ya nada que ver con él. Ya sabéis que en Venecia...

—De Venecia no sé mucho. Alguien me dijo que hay canales como en Amsterdam.

Mi no solicitado acompañante se para de sopetón como presa de una indisposición. Se agarra con la mano a una argolla que descubre en la pared, de esas para atar los caballos, y lentamente vuelve la cabeza hacia mí:

—¿Me estáis diciendo que no habéis estado nunca en Venecia?

—Os diré más: esta ciudad en la que estamos es el punto más meridional al que he llegado en toda mi vida.

En tono ofendido, permaneciendo en todo momento agarrado a la anilla:

—Pero, entonces, todo cuanto me han contado de vos es pura falsedad. No solo no sois anabaptista, ¿entendido?, sino que ni siquiera debéis de haber visto cosas increíbles, si entre ellas no podéis incluir a Venecia, y la verdad es que no estáis muy interesado que digamos en el comercio de libros, si nunca os habéis pasado por la capital de la imprenta, y por último no podéis ser tampoco muy rico, pues nadie que tenga un poco de dinero se priva hoy día de un viaje a Italia.

Lo miro un instante y sigo sin comprender por qué razón este hombre petulante y torpe me resulta al fin y al cabo simpático. De todas formas, es hora de despedirme de él, me ha hecho alejarme ya bastante del lugar al que tenía que dirigirme.

–Si queréis estar agarrado toda la mañana a ese hierro, por mí está bien. Por mi parte, yo tengo que entregar una carta en la casa de postas antes del mediodía.

Expresión de moribundo:

–Id, pues, compadre. Bien sé que aceptaréis mi propuesta. No hacen falta más motivaciones: es vuestra oportunidad de ver Venecia.

CAPÍTULO 2
Basilea, Miércoles de Ceniza de 1545

He pergeñado unas líneas insuficientes, que atravesarán las colinas, allende el Franco Condado, para tomar por el Sena, siguiendo el curso cada vez más amplio y llano, donde las embarcaciones pueden navegar rumbo a París y el mar. Y luego el canal de la Mancha y las costas inglesas. Un mes, quizá más. Escaparán así a la guerra, a las tropas mercenarias de los príncipes alemanes, a los ejércitos acantonados en la frontera de los Países Bajos por los vasallos del Emperador.

Entrego la carta.

Dirigida a un fantasma de nombre Gotz von Polnitz, en la ciudad de Londres.

Aunque nadie lo dijera abiertamente, sabíamos que habíamos llegado al último lance. A buen recaudo ya doscientos cincuenta mil florines. Y la sensación de que Fugger comenzaba a sospecharse algo.

Gotz von Polnitz, el único que se había quedado siempre en la sombra, imposible sospechar de él y por si fuera poco muerto desde hacía varios años antes con el nombre de Lazarus Tucher.

A él he confiado el destino de las personas más queridas. Kathleen, Magda: si la cosa se pone fea es con él con quien debéis ir. Lot deberá correr más rápido que los esbirros, sin volver la mirada atrás ni por un instante.

Apenas bajo de la nave, un zagal se ha acercado a mí y me ha desaconsejado que vuelva a casa.

—Se los han llevado a todos.

El acuerdo con Gotz. Si consigue llevárselas con él, un trapo rojo en la ventana de la casa donde hemos escondido el dinero.

El trapo estaba, y acaso todavía esté. La casa era de un viejo mercader que se había trasladado a Goa, en las Indias. También estaba el dinero: cien mil florines.

Hubiera tenido que reunirme con Kathleen y Magda, en un lugar seguro, vivir el resto de mis días en paz.

Pero me ha faltado valor: la historia de que todo aquel que se roza conmigo muere. Amigos, hermanos, compañeros de aventura. Detrás de mí hay una estela de sangre que comienza lejos, en un día de mayo, y que llega hasta aquí.

Thomas Müntzer: torturado y ajusticiado, hace veinte años.

Elias el minero: decapitado por la espada de un mercenario en una calle fangosa.

Hans Hut: asfixiado en la cárcel por el incendio de su propia yacija.

Johannes Denck: la vida segada por la peste en esta misma ciudad.

Melchior Hofmann: probablemente se pudrió en las prisiones de Estrasburgo.

Jan Volkertsz: primer mártir de las tierras de Holanda.

Jan Matthys de Haarlem: descuartizado dentro de una cesta de paja.

Jan Beuckelssen de Leiden, Bernhard Knipperdolling, Hans Krechting: torturados con tenazas candentes, ajusticiados y expuestos a la vergüenza pública en tres jaulas, colgadas del campanario de San Lamberto.

Jan Van Batenburg: decapitado en Vilvoorde.

Los nombres son nombres de muertos.

Último superviviente de una raza sin fortuna, un pueblo que la historia ha querido exterminar. Único superviviente, junto con las mujeres, que infundían energía y sensatez a los guerreros. Otilie, Ursula, Kathleen. Magda se ha salvado, bajo otros cielos. Sus doce años son el rescicio que le queda a la vida para escabullirse de medio siglo de derrotas.

Soy el último superviviente de una época y me arrastro al lado de todos sus muertos, pesada carga a la que no quiero condenar a nadie más. Mucho menos a la familia que habría podido tener. Están a salvo, esto es lo que cuenta. Gotz ya pensará en ellos. Lo prometió.

Tal vez lo hubiera hecho también por mí, gran mago de los números, pero era un riesgo, era un apestado, un rostro que muchos habrían podido reconocer. Por eso no dijiste nada y zarpaste sin volver la mirada atrás. Lo habías dicho desde un principio: si la cosa va mal, no nos conocemos de nada, no nos prestaremos ayuda, cada uno que piense en su propio pellejo. Has cogido tu parte, y la de Eloi para Magda y Kathleen. Has demostrado ser un hijo de puta de buen corazón.

Kathleen. No bastan estas líneas para explicar, no bastarían mil cartas. Me buscaban a mí, no a vosotros, habrían apresado también a las mujeres y a los niños, es cierto, pero a Gotz el fantasma no, ponlas entonces a salvo, Inglaterra, en brazos de tus amigos ingleses y del rey borracho.

Kahtleen. Tal vez me leíste en el rostro aquel día que todo terminaba allí. Que no volverías a verme, por más que lo consiguiera, por más que saliera bien librado de esta. Porque un viejo destino había vuelto a hacer presa en mí y mil amigos perdidos morían de nuevo con Eloi.

Han apresado a Balthasar, que no volverá a ver nunca más a su mujer, han apresado a Davion y a Dorhout. Han apresado a Domini-

que, su prosa muere con él. Y luego a Van Hove, el dinero no le ha servido de nada esta vez; y a Steenaerts, a Stevens, a Van Heer. La gran casa se ha quedado vacía. Yo me he escapado y estoy nuevamente solo, una vez más.

Nos temíamos la ira de Fugger el Listo: no podíamos imaginar que iban a ser los sabuesos del Papa los que nos echarían el guante.

No dijo ningún nombre. Su espíritu voló libre de la carne lacerada. Dicen que se rió, que se rió bien alto, que en vez de gritar se reía. Prefiero pensar que fue así, mientras lo envuelve el humo, él que se ríe a más no poder delante de aquellos cuervos. Pero debería estar aquí, invitándome de nuevo a licor y a esos cigarros perfumados de las Indias.

El destino ha querido que yo sobreviviera, siempre, para continuar viviendo en la derrota, consumiéndola un poquito cada vez.

Soy viejo. Cada vez que una borrasca hace sonar unos truenos en el cielo, me estremezco con el simple recuerdo de los cañones. Cada vez que cierro los ojos para dormir, sé que volveré a abrirlos después de que muchos espectros me hayan visitado.

Kathleen, ahora, en un lugar lejano de la guerra, paso el tiempo que me queda, oculto, entre gente en fuga de media Europa, buscada como yo por la Inquisición del Papa y por la de Lutero y Calvino. Gente pacífica que llega con su cargamento de libros, de historias, de aventuras; literatos, clérigos perseguidos, baptistas: soy solo un rostro entre tantos otros, bastante rico para permitirme el silencio. Dinero para terminar mis días. Cien mil florines. Y ningún modo decente de gastarlos.

Soy viejo. Tal vez es solo esto. He vivido diez vidas distintas, sin detenerme nunca y ahora estoy cansado. La desesperación no me visita ya desde hace algún tiempo como si el espíritu se hubiera cerrado al sufrimiento y consiguiera mirar las cosas a distancia, como si las leyera en un libro.

Y sin embargo, de aquellas páginas, surge aún la Negra Sombra que me acompaña desde siempre, para decirme que ningún precio puede saldar la cuenta, que no se paga nunca bastante y no existe refugio seguro. Hay una partida que quiere que se le ponga fin; hay que aguantar hasta el final, sea cual sea. Todo lo que me importaba está a salvo, estoy solo yo. Yo y los fantasmas que me acompañan. Todos.

También Lodewijck de Schaliendecker, alias Eloi Pruystinck: quemado extramuros el 22 de octubre de 1544.

CAPÍTULO 3
Basilea, 18 de marzo de 1545

–En Venecia uno se pierde, compadre, aunque se crea conocerla bien, ¿entendido? Uno permanece completamente a merced de esa ciudad. Un laberinto de canales, callejones, iglesias y palacios que aparecen delante de ti como en un sueño, sin relación aparente con lo que has podido ver hasta ese momento.

Pietro Perna, como de costumbre, se pierde hablando de Italia, mientras destapa una botella del «mejor vino del mundo». Por la ventana de la trastienda de Oporinus, el cielo de Basilea es de un gris blanquecino, como si alguien lo hubiera privado del color, pero, será el aroma del vino o el acento latino de mi interlocutor, lo cierto es que tengo la impresión de que el sol inunda la estancia.

–¿No estabais hablando de los presuntos autores de El beneficio de Cristo, micer Pietro?

–Exactamente –responde limpiándose el bigote con el dorso de la mano–, no perdamos de vista la cuestión principal. Oficialmente, el libro es anónimo; oficiosamente se dice que fue escrito por fray Benedetto Fontanini de Mantua, y bajo cuerda se afirma que fue obra de mentes cercanas al cardenal inglés Reginald Pole.

Lo interrumpo enseguida:

–Imagino que no os molestará que os pida alguna información más acerca de los acontecimientos italianos, porque esa historia de cardenales que citan a Calvino no me cuadra desde un principio. Y acaso el vino no es la mejor bebida para nuestra discusión.

Pone unos ojos como platos y se llena otro vaso:

–Esto es vino del Chianti, señor mío, podéis beber cuanto os apetezca y os parecerá tener la cabeza cada vez más ligera. Lo embotellaron mis padres, en una finca de las cercanías de la aldea de Gaiole. Es un vino que ha hecho los honores de la mesa de Cosme de Médicis, ¿entendido? ¡Una bebida i-ni-mi-ta-ble!

Repara en mi gesto y prosigue:

–Volvamos a lo nuestro, compadre. El médico español Miguel Servet ha descrito a los italianos como distintos entre sí en todo: gobierno, lengua, costumbres y rasgos somáticos. Únicamente nos uniría, según él, la antipatía de unos por otros, la falta de valor en la guerra y el desprecio por los ultramontanos. Por lo que toca a la fe, puede decirse casi otro tanto: de un lado, hay quien invoca la conciliación con los luteranos; de otro, quien da una prioridad absoluta a

la guerra contra la herejía y desempolva el Santo Oficio de la Inquisición. Está muy extendido entre el pueblo el odio por los curas y por tanto la simpatía por lo que todos llamamos «fe germánica», pero podría decirse también todo lo contrario, ¿entendido? Igual que se podría decir también que muchos campesinos ignoran qué es la Trinidad, comulgan y confiesan en Pascua para tener contento al párroco y el resto del año viven con sus supersticiones.

Trato de imaginarme la tierra descrita por las palabras de Pietro Perna, mientras me tomo a sorbos el segundo vaso de su exquisito producto. Italia: tal vez sea cierto que no puedo morir sin antes visitarla. Por lo demás, tengo la sensación de que mucho de lo ocurrido ha partido de allí, no siendo lo menos importante el exterminio de Eloi y de los Espíritus Libres, que precisamente la Inquisición señaló a Carlos V como herejes, ciudadanos peligrosos e infieles.

Mientras tanto Perna no para ya de hablar, acompañando cada frase con gestos elocuentes.

—La Liga de Smalkalda de los príncipes protestantes tiene su embajador en Venecia, ¿entendido? Y no pocos agradecerían que triunfaran en la República Serenísima las ideas luteranas. De todas formas, no podéis perderos una ciudad semejante, compadre. Gracias al comercio, hay en ella todo cuanto un hombre rico puede desear comprar, todo cuanto un espíritu curioso puede desear ver, todo cuanto la carne puede desear pedirle a la capital del meretricio, donde una mujer de cada cinco hace o ha hecho, al menos esporádicamente, de prostituta. En fin, gracias a los libros es posible engrosar posteriormente la bolsa, con tal de que se tenga ese poco de coraje que, a lo que parece, nos falta solo a nosotros los italianos.

Tercer vaso:

—En vista de que habláis de dinero, micer Pietro, tengo una idea para vos. Escribid un libro sobre Venecia, para despertar las ganas de los notables de Europa de visitarla e indicarles dónde deben comer y dormir. Estoy seguro de que el libro tendría un gran éxito y que los propietarios de los lugares que indicaseis sabrían recompensaros por la mención.

Alarga las manos sobre la mesa y aferra las mías antes de que pueda retirarlas:

—Compadre, daos prisa, habéis estado perdiendo el tiempo hasta el día de hoy. Basilea, lo sabéis mejor que yo, es la ciudad donde los pensadores más innovadores, los heresiarcas más peligrosos, las mentes más rebeldes de Europa, van a que se pierda todo rastro de ellos, a descansar, a respirar un poco de tranquilidad. Todo esto, sed sincero, no va con vos. Pues vos sois un hombre de acción.

-Es probable. Pero ha pasado muy poco tiempo desde la última herida, la piel debe también cicatrizar.

-Entonces, bebed, compadre, pues no hay mejor unguento que este.

Cuarto vaso: la cabeza está de veras ligera.

CAPÍTULO 4
Basilea, 28 de marzo de 1545

La casa de Johann Oporinus es lo bastante grande como para dar cabida a todos. La comunidad de los tráfugas que han recalado en Suiza cuenta con una veintena de personas, protestantes más o menos ilustres, perros vagabundos que han conocido a las mejores mentes de la Reforma, amigos de Bucero, Capiton y Calvino, que precisamente en Basilea diera a la imprenta la primera edición de su *Institutio Christianae Religionis*.

Muchos de estos literatos no están de acuerdo con los padres de la Reforma sobre la constitución de una nueva organización eclesiástica. La elección de Bucero en Estrasburgo y de Calvino en Ginebra, la de transformar las capitales de la Reforma en ciudades-iglesia, no es compartida por todos. Muchos de los que huyeron allí se encontraron con el ostracismo de sus propios maestros, actualmente ocupados en reconstruir una nueva iglesia que sea capaz de reemplazar a la antigua: nuevos doctores que se encarguen de la enseñanza catequística, nuevos diáconos, nuevos pastores y ancianos que velen por la vida religiosa y moral de los fieles.

Disciplina es la palabra que hoy resuena desde un extremo a otro de las tierras reformadas. Una palabra que deja insatisfechos a estos librepensadores: gente incómoda para quien aspira al orden y a la jerarquía.

Oporinus nos ha convocado para hablar a todos, no ha querido decir respecto a qué, pero creo que se trata de los rumores que circulan sobre el hecho de que el Consejo ecuménico, varias veces anunciado por el Papa, esta vez se celebrará de veras, a finales de año.

La única cara conocida es David Joris, hasta hace pocos meses el cabeza del anabaptismo holandés, que ha llegado también hasta aquí, con unos pocos seguidores, huyendo de la mordaza de la Inquisición. Bocholt, agosto del 36: el concilio de los anabaptistas; Batenburg contra todos, contra Philips y Joris, lo recuerdo perfectamente, la espada contra la palabra. No creo que me reconozca, pues han pasado casi diez años.

Veo a Pietro Perna ir hacia una silla, con un par de libros en la mano, que ahora hojea aburrido, sacudiendo la cabeza para sí, como si viera confirmada una pésima expectativa.

Me siento también yo, un poco aparte. Yo no tengo ninguna expectativa en absoluto, sobre todo acerca de Oporinus y su círculo de

amigos. Siento aprecio por la actividad de nuestro amigo impresor: Paracelso, Servet, Socini, son autores que pueden causar problemas, gente a la que Calvino está dispuesto a sacrificar con tal de alzarse como el nuevo Lutero. Pero este tipo de valentía no puede bastar, y aunque los tiempos que vivimos no permiten quizá otra cosa, he luchado demasiado como para seguir excitándome con una disputa teológica.

Nuestro huésped nos hace señas de que dejemos la charla, quiere tomar la palabra.

—Amigos míos —la voz es templada, el tono pacífico—, os he convocado aquí en el día de hoy porque creo que puede ser útil para todos nosotros un intercambio de ideas sobre el acontecimiento que va perfilándose en el horizonte. —Se aclara la voz—. Sin duda habrá llegado hasta vosotros la noticia de la convocatoria de un Concilio en el que tomará parte toda la cristiandad dividida, para buscar un punto de acuerdo y la posibilidad de una reconciliación entre todas las facciones.

Lee el asentimiento en los rostros de los presentes, Perna bosteza en un rincón, apoyando la barbilla sobre la silla demasiado alta, los pies bamboleantes.

Oporinus prosigue:

—Pues bien, no podemos asistir impasibles a un acontecimiento de semejante alcance, como espectadores silenciosos. Es muy probable que para facilitar la intervención de los mejores doctores de la protesta luterana el lugar elegido para este Concilio sea la ciudad neutral de Trento, entre Roma y las tierras alemanas, no muy lejos de nuestra Basilea.

—¿Querriás que os invitaran al Concilio? —El tono es entre irónico e incrédulo, la frase proviene de una de las sillas de enfrente de Oporinus.

El impresor sacude la cabeza:

—No digo esto. Pero tal vez resultaría oportuno escribir a Ginebra para hacerle saber a Calvino y a los suyos que no queremos ser dejados de lado, que también nosotros querriamos expresar nuestro parecer, incluso publicar algo, aunque solo fuera un documento que pueda ser leído en presencia de los cardenales católicos. Podríamos escribirle a Servet a París, procurar que componga algo para la ocasión...

De la segunda fila se alza un hombre pálido y flaco, de acento francés, debe de habérmelo presentado Oporinus, pero ya no recuerdo su nombre.

—¿No creeréis de veras que Lutero, Melanchthon y Calvino quieren participar en ese Concilio?

—¿Y por qué no? Si los cardenales se han decidido a convocar un Concilio, eso significa que temen la propagación de la Reforma y están dispuestos a un compromiso, incluso a aceptar algunas peticiones...

Leroux, que así se llama, excitado:

—Si Lutero va al Concilio, no se parará en barras. Y lo mismo ocurrirá con todos los demás. Si los papistas consiguen que se les pongan a tiro, no podrán resistirse a la tentación de apresarlos y quemarlos. Demasiado bien los conocemos...

Cabezas que asienten, algunos tuercen el gesto, Perna agita las piernas y hojea desganado los libros que tiene en el regazo.

A la espalda del francés se halla de pie Joris, alto y rubio, agitando una blanca mano:

—Yo os digo que si Calvino y Lutero consiguieran echarles el guante a algunos de los presentes, les reservarían un fin idéntico. ¿Qué nos importa a nosotros el Concilio? Admitiendo que de verdad se celebre, será una trampa para tontos y si alguno de los cuervos de Ginebra o de Wittenberg acaba en prisión, ¡no seré yo quien vaya a compadecerlo!

Oporinus interviene para aplacar los ánimos:

—No, Joris, no deberías decir esto. Las diferencias que puedan separar a algunos de nosotros de Lutero y de Calvino no deben llevarnos a medir a todos con el mismo raser. Y tampoco sobre el Concilio comparto vuestra opinión.

El holandés se encoge de hombros y vuelve a sentarse:

—Haced que el Concilio ese se lleve a cabo y ya veréis que de opiniones os impondrán solo una.

—Lo que trato de decir —prosigue el impresor, imponiéndose al bullicio que la intervención del anabaptista ha provocado— es que Calvino y Lutero harán cualquier cosa con tal de dejarnos al margen de cualquier negociación y, si nunca llegan a un acuerdo con Roma, será en detrimento de cualquiera que no se reconozca plenamente en sus propuestas. ¿Qué será de los Miguel Servet, de los Lelio Socini, de los Sebastian Castellion? —La mirada de Oporinus recorre la serie de rostros—. ¿Qué será de nosotros, hermanos?

Desde la silla más exterior, al fondo de la fila, interviene el basiense Serres:

—No habrá ningún acuerdo, Oporinus, porque los papistas no van a ceder jamás sobre la justificación por las obras, y Lutero y Calvino, por otro lado, no están dispuestos a dar un paso atrás en lo que a la justificación por la fe se refiere. Para ellos supondría dejar un nuevo espacio al poder anticristiano del Papa, a las indulgencias, a la compraventa de la fe...

—Esto no podemos saberlo con certeza absoluta, Serres. Existe más de un cardenal en Italia que ve con buenos ojos una pacificación con los protestantes y siente aprecio por la teología luterana. Existe ya una literatura al respecto, tal vez pequeñas cosas, pero se trata de señales importantes. Habéis leído todos *El beneficio de Cristo*. ¡Se dice que su autor es un fraile apoyado por importantes literatos italianos y hasta por un cardenal! Estos son hechos, hermanos míos, no podemos ignorarlos. Si existe la posibilidad de que en ese Concilio se abra un resquicio de esperanza de una nueva unión y de una reforma radical de la Iglesia romana, yo digo que no debemos dejar la iniciativa tan solo a Calvino y a Lutero. Nos va en ello la libertad. —Su mirada busca entre todo aquel hacinamiento de cabezas hasta que da con la pelada de Perna—. Me gustaría oír vuestro parecer, micer Perna, vos que más que ningún otro estáis al tanto de los asuntos italianos.

El pequeñajo estira sus cortísimos brazos, no se esperaba ser llamado a la lid, se rasca la frente y se pone en pie sin conseguir superar las cabezas de los presentes.

Un largo suspiro:

—Señores, he oído muy bonitas palabras, pero ninguna ha conseguido ir al meollo del problema. —Todos lo miran perplejos, inclinados para comprender la insólita pronunciación del italiano—. Ya podéis escribir o encargar las más hermosas obras teológicas del siglo, si esto os hace sentir os mejor, pero eso en nada cambiará la realidad de los hechos. Y la realidad, señores, es que no serán las cuestiones doctrinales las que marquen los destinos del Concilio, sino la política.

Se hace un silencio sepulcral, el pequeño Perna no conoce el término medio, me doy cuenta de que está a punto de verse dominado por la verborrea:

—Si este Concilio se celebra es por las presiones que el Emperador está ejerciendo sobre el Papa. Es el Habsburgo quien quiere reunir a católicos y protestantes, porque el Imperio se le está yendo de las manos y el turco Solimán, hombre que según se dice consigue satisfacer a veinte mujeres en una sola noche y que no en vano es conocido como el Magnífico, está poniéndolo en dificultades. A Carlos Quinto no le importa cómo y en qué los teólogos se pongan de acuerdo, lo que a él le interesa es reunificar a los cristianos bajo su bandera para resistir a los turcos y retomar el control de los propios confines. —Sacude la cabeza—. Ahora bien, escuchad lo que voy a deciros, en Roma hay un discreto número de cardenales a quienes las hogueras agradan una barbaridad. Pero no vayáis a creeros que estos santos varones se mueren de ganas de asar en ellas a Lutero, a Calvino, a Bucero, y a todos los presentes. Porque, mirad, mientras estos herejes, como ellos los califican, circulen, podrán lanzar a la Inquisición a la caza de los

intelectos más incómodos, y en primer lugar de sus adversarios políticos dentro de la Iglesia romana. Desde que el mundo es mundo los enemigos exteriores se ponen de acuerdo para acabar con los interiores. Oporinus tiene razón cuando dice que existe un grupo de cardenales favorables al diálogo con los protestantes, y es precisamente con estos con quienes cuenta el Emperador para hacer realidad su proyecto. Pero veamos quién está alineado en el bando contrario. –Perna cuenta con sus dedos regordetes–. Tenemos, así pues, a los príncipes alemanes, que es como decir a Lutero y a Melanchthon. Esos, para conservar precisamente su autonomía respecto a Roma y al Imperio, no tienen el menor interés en que tomen parte sus teólogos en el Concilio. Más aún, si en el Concilio se llegara a la conclusión de que son todos unos apóstatas, el Emperador no podría seguir gritando que se trata de un acto de lesa majestad y tendría que resignarse a ver perdidos los principados alemanes. Luego está el rey de Francia, que significa todos los cardenales franceses: veinte años de guerra son una prueba de la enemistad de Francisco Primero con el Habsburgo. ¿Hace falta algo más para deducir de ello que los cardenales franceses votarán contra la hipótesis de una reconciliación? Por último, están los cardenales romanos de la Inquisición, los que quieren la línea dura y que ponen trabas al diálogo con los protestantes.

Perna toma aliento, los rostros de los presentes están atónitos, como si un oso amaestrado hubiera entrado en la estancia. Un instante y el italiano vuelve de nuevo a la carga:

–El Concilio, señores, será un arreglo de cuentas entre los potentados de Europa. Escribid, escribid si queréis, todos los tratados teológicos del mundo, pero no seréis vosotros, ni Calvino, ni Lutero quienes jueguen esta partida. Si queréis sobrevivir tendréis que pensar en algo distinto.

–¡Micer Pietro, esperad!

El pequeñajo deja de apretar el paso por el barro, se vuelve lo justo para verme y se para en medio de la calle.

–Ah, sois vos. Creía...

La distancia no me permite comprender el resto de la frase.

Me pongo a su lado:

–¿Qué intentabais decir? ¿Qué quiere decir que deben pensar en algo distinto?

El italiano sonríe y sacude la cabeza:

–Venid conmigo. –Me lleva de un brazo hasta el final de la calle, tomamos por un callejón, su modo ridículo de caminar, como si diera saltitos, hace asomar en mi rostro una sonrisa irreverente. Este hombre tiene el extraño poder de ponerme de buen humor–. Escu-

chad, compadre. Aquí no hay nada más que hacer. Todos vuestros amigos... –Se para delante de mi mano alzada–. Perdonadme: todos los amigos de micer Oporinus son personas muy queridas, ¿entendido?, pero no van a ningún lado. –Los ojillos negros escrutan entre las arrugas de mi rostro en busca de no sé qué–. Sus preocupaciones se agotan en las divergencias o en los puntos en común entre su pensamiento y el de Juan Calvino. Y gente como yo, y como vos, compadre, sabe muy bien que lo que mueve el mundo es algo muy distinto, ¿entendido?

–¿Adónde queréis llegar?

Aprieta de nuevo mi brazo:

–¡Vamos, micer! ¡Nada de tomarme el pelo: si ha de ser un librero italiano quien les diga cómo están las cosas, eso quiere decir que esas lindas cabezas no ven más allá de sus propias narices! Escriben tratados teológicos para otros doctores, ¿entendido?, y el día que vengan a cogerlos para atarlos a un palo con algún haz de leña debajo, ¡tal vez entonces abran los ojos! Solo que será ya demasiado tarde. Lo que quiero decir con ello, amigo mío, es que la suerte está echada. En Alemania armasteis ruido, y las hicisteis sonadas, y luego vinieron los holandeses, que menudos juerguistas están hechos, locos como chotas, y ahora los franceses y los suizos, y Calvino que se convierte en el paladín de la revuelta contra el papado. Todo patrañas, señor mío, el poder, el poder, por esto se matan unos a otros. Por el amor de Dios, no digo que el viejo Lutero no crea, no digo que el adusto Calvino no esté convencido, pero ellos no son sino peones. Si no les resultasen cómodos a los poderosos, esos cuervos negros no serían nadie, os lo digo yo, ¡na-die!

Me libero del apretón, ebrio de palabras. Perna se encoge de hombros y extiende los brazos increíblemente cortos:

–Yo me dedico a mi oficio, ¿comprendéis? Soy librero, voy de aquí para allá, veo a un montón de gente, vendo los libros, descubro talentos ocultos bajo montañas de papel... Yo propago ideas. El mío es el oficio más arriesgado del mundo, ¿entendido?, soy responsable de la difusión del pensamiento, incluso del más incómodo. –Señala en dirección a la casa de Oporinus–. Ellos escriben e imprimen, yo difundo. Ellos se creen que un libro vale por sí mismo, creen en la belleza de las ideas en cuanto tales.

–¿Vos no?

Una mirada de suficiencia:

–Una idea es válida en tanto que se difunde en el lugar y en el momento adecuados, amigo mío. Si Calvino hubiera impreso su Institutio hace tres años, el rey de Francia lo habría mandado a la hoguera en menos que cuesta decirlo.

–Sigo sin comprender adónde queréis llegar.

Da saltitos nervioso en el sitio:

–Diablos, escuchad, ¿no? –Saca de su inseparable bolsa un librito amarillento–. Tomad El beneficio de Cristo. Pequeño, ágil, claro, cabe en una faltriquera. Oporinus y sus amigos lo ven como una esperanza. ¿Sabéis qué veo yo, en cambio, en él? –Una pequeña pausa de efecto–. Guerra. Esto es un golpe bajo, esto es un arma poderosa. ¿Creéis que es una obra maestra? Es un libro mediocre, rebaja con agua y sintetiza la Institución de Calvino. Pero ¿en qué radica su fuerza? ¿En el hecho de que trata de hacer la justificación por la fe compatible con la doctrina católica! ¿Y qué significa eso? ¿Pues que si este libro se difunde y tiene éxito, incluso entre los cardenales y los doctores de la Iglesia, tal vez vos y Oporinus, y sus amigos, y todos los demás no tendríais a la Inquisición detrás de vosotros el resto de vuestros días! Si este libro encuentra el aplauso de la gente adecuada, los cardenales intransigentes corren el riesgo de encontrarse en minoría, ¿entendido? Los libros cambian el mundo solo si el mundo consigue digerirlos.

Resopla y me escruta un largo momento, luego con los ojos fruncidos:

–¿Y si el próximo Papa estuviera dispuesto a dialogar? ¿Y si fuera uno de esos contrarios a los métodos del Santo Oficio?

–Un Papa es siempre un Papa.

Un gesto de desaprobación:

–Pero vivir y poder continuar diciendo lo que uno piensa es algo muy distinto a morir abrasado.

Hace ademán de recoger la alforja e irse, pero esta vez soy yo quien lo retiene.

–Esperad.

Se detiene. Miro a este pequeño hombre que trasuda astucia y fuerza por todos los poros. Hay algo de Eloi en el guiño de sus ojos, algo de Gotz von Polnitz en la determinación de sus palabras.

–¿Qué diríais si os dijese que me importa un comino cambiar nada?

Sonríe:

–Diría que deberíais partir enseguida para Italia, antes de que el fango de esta ciudad os ahogue la mente.

–¿Putas, negocios, libros prohibidos e intrigas papales? ¿Es esto lo que prometéis?

Da un pequeño saltito, mientras se aleja ya tratando de alargar el paso:

–Pero ¿es que hay alguna otra cosa que dé sabor a la vida?

CAPÍTULO 5
Basilea, 28 de abril de 1545

–He oído que os disponéis a partir. ¿Hablamos de negocios?

Radiante, se ríe a carcajadas y me hace entrar en la sala de estar, donde chisporrotea el fuego y nos aguardan dos sillones. La botella de vino no puede faltar sobre la mesa. Parece como si me estuviera esperando.

Se frota las manos, inclinándose hacia delante, aguzando el oído.

Es imposible no sonreír delante de este hombre.

–Si he de invertir mi dinero, es necesario que me expliquéis qué os ronda por la cabeza.

Asiente con grandes cabeceos:

–Por supuesto, no faltaría más. Pero a cambio vos me diréis qué os ha convencido.

–Me parece aceptable.

Da unos saltitos hasta la bolsa de viaje de la que saca el librito amarillento.

–Aquí tenéis: El beneficio de Cristo, de fray Benedetto de Mantua. Este es el negocio del momento. Bindoni lo imprimió en Venecia en el cuarenta y tres y consiguió vender algunos miles de ejemplares. Yo mismo he contribuido a difundirlos, mi contrato con Bindoni me garantiza la mitad neta de las ganancias.

–Id al grano.

Apoya los pies en el suelo y acerca el sillón al mío, con la expresión astuta de quien sabe que puede vender abrigos de pieles a los suecos:

–Bindoni tiene agallas, ¿entendido?, pero le falta capital y la necesaria amplitud de miras. Me explicaré mejor: en la República de Venecia no es difícil vender libros como este, digámoslo así, no ortodoxos: a los venecianos les importa mucho seguir siendo independientes del Papa incluso en las cuestiones religiosas, pues de lo contrario Bindoni tendría que olvidarse de imprimir El beneficio. Pero si una persona avispada y con un poco de astucia que sirva para viajar por el mundo, se encargara de llevar los ejemplares por Italia, a Ferrara, Bolonia, Módena, Florencia... accedería a un mercado de un potencial ilimitado.

–Hum. Habría que aumentar la tirada. ¿Estáis seguro de que el tal Bindoni está dispuesto a brindarnos su apoyo?

—¿Cómo no? Los venecianos se huelen los negocios a la legua, pero aunque él no estuviera interesado, encontraríamos a algún otro impresor en menos de lo que cuesta decirlo, ¿entendido? Venecia es la capital de la imprenta.

Se queda mudo buscando mi asentimiento con unos ojos como platos. Fuera, un grupo de estudiantes entona una canción vulgar que se pierde a lo largo de la calle.

Más leguas, más tierras, ciudades.

—Imagino que tendré que ser yo quien viaje a Italia con los ejemplares del libro.

—Es un negocio que compartiremos equitativamente, ¿entendido? Yo me ocuparía del Milanesado y de Roma. Y a vos os correspondería el nordeste, la Emilia y Florencia. Pero es indispensable que alguien vaya a Venecia a contactar con los impresores y ponerlos a trabajar en El beneficio. Daos prisa, de este libro pueden venderse decenas de miles de ejemplares.

Lo miro de reojo:

—¿He luchado toda mi vida contra Lutero y los curas para ponerme ahora al servicio de los cardenales enamorados de Lutero?

—Un servicio bien retribuido, compadre. Y útil para quien, como vos y yo, piensa que es mejor que los libros y las ideas continúen circulando libremente, sin tribunales de la Inquisición de por medio. No os estoy pidiendo que apoyéis a los autores de este libro, sino tan solo que los ayudéis a hacernos la vida más fácil, quizá incluso a salvárnosla, ¿entendido?

De nuevo el silencio, el fuego tan solo y un carro que pasa por la calle lanzando crujidos. El italiano sabe lo que se hace, esgrime sólidos argumentos. Sirve vino y me ofrece el vaso. Un suspiro, luego en tono casi fraternal:

—Amigo mío, ¿de veras queréis pasar el resto de vuestros días en Basilea? ¿De veras no llegan a aburriros las infinitas discusiones de toda esta gente? Sois un hombre de acción, lo dicen vuestras manos y vuestra mirada.

Apenas sonrío:

—¿Qué más os dice mi mirada?

En voz baja:

—Que no os importan mucho los derroteros que puedan tomar los acontecimientos, pero que aún sois capaz de dejaros fascinar por un paisaje desconocido. Y que precisamente por eso podríais embarcaros en esta empresa. De lo contrario, no habríais venido a verme, ¿o me equivoco?

Perna es un hombre singular, materialista y roñoso, pero al mismo tiempo agudo y refinado conocedor de los hombres. Une la sapien-

cia doctrinal a un sentido concreto de las cosas: una mezcla que he encontrado raramente en la vida.

Degluto el vino, el sabor llena mi boca. Le dejo continuar, he aprendido que no es fácil frenar su lengua.

—Habéis conocido las armas y las letras. Habéis luchado por algo en lo que creáis y habéis perdido la causa, pero no la vida. Espero me comprendáis, hablo del sentido de la vida que une en común a gente como vos y yo, la incapacidad de detenerse, de quedarse cómodamente en algún oscuro rincón, en espera del fin; la idea de que el mundo no es más que una gran plaza a la que se asoman los pueblos y los individuos, desde los más grises a los más extravagantes, desde los matachines a los príncipes, cada uno de ellos con su insustituible historia, que nos habla de la historia de todos. Vos debéis de haber conocido la muerte, la pérdida. Tal vez ha sido una familia, en alguna parte, en las tierras del norte. Con seguridad muchos amigos, perdidos por el camino y nunca olvidados. Y quién sabe cuántas cuentas que ajustar, destinadas a seguir estando pendientes.

La luz del fuego le ilumina media cara, le hace asemejarse a una criatura fabulosa, un gnomo sabio e intrigante al mismo tiempo, o tal vez un sátiro, que te susurra secretos al oído. Sus ojillos diminutos parpadean junto a las llamas.

—Estoy hablando de eso, ¿entendido? De la imposibilidad de detenerse. No es acertado. No lo es nunca. Habríamos tenido que hacer otras elecciones, hace mucho tiempo, y hoy es ya demasiado tarde. La curiosidad, la insolente, terca curiosidad de saber cómo va a terminar la historia, cómo concluirá la vida. De eso se trata, de nada más. Nunca es el afán de lucro el que nos lleva por el mundo, nunca es solo la esperanza, la guerra... o las mujeres. Hay algo más. Algo que ni yo ni vos podremos describir nunca, pero que conocemos perfectamente. Incluso ahora, incluso en el momento en que os parece haberos alejado demasiado de las cosas, incuban en vos las ganas de conocer el final. De seguir viendo. No hay nada que perder cuando se ha perdido todo.

Una sonrisa de desapego debe de haberseme quedado grabada en el semblante durante todo el tiempo. Y sin embargo nace de la sensación de estar escuchando el consejo de un viejo amigo.

Me toca el brazo:

—Yo parto mañana para Milán, voy a vender los libros de Oporinus allí. Tendré que permanecer allí un tiempo para despachar algunos asuntos que dejé pendientes. Tras lo cual partiré hacia Venecia. Si mi propuesta os atrae, la cita es en la librería de Andrea Arrivabene, que tiene en el letrero un pozo, acordaos de este nombre. ¿Por qué os reís?

–Nada, pensaba en las coincidencias de la vida. Un pozo, ¿habéis dicho?

–Exactamente eso.

Me mira perplejo.

Vació el vaso. Tiene razón: cuarenta y cinco años y ya nada que perder.

–Descuidad, allí estaré.

Carta enviada a Roma desde Viterbo, dirigida a Gianpietro Carafa, fechada el 13 de mayo de 1545.

Al ilustrísimo y reverendísimo señor mío Giovanni Pietro Carafa, en Roma.

Muy honorable señor mío:

Escribo a Vuestra Señoría para comunicarle que no hay ya vuelta atrás. Reginaldo Polo ha decidido, en efecto, realizar el primer movimiento.

Como seguramente sabrá V.S., Su Santidad Paulo III ha encargado a Polo redactar un documento que exponga las intenciones del Concilio, en previsión de su próxima apertura en el mes de diciembre.

Pues bien, precisamente hoy he tenido ocasión de oír una conversación entre el inglés y Flaminio en la que han sido confrontados los contenidos de dicho documento, que lleva el título cuando menos neutral de *De Concilio*.

Parece que el primer argumento introducido por el inglés es precisamente la definición de la doctrina de la justificación. Para exponer el problema, ha empleado un tono suave y aparentemente inocente, y no obstante tendencioso, avalando ya alguna que otra compatibilidad entre la doctrina protestante y la católica. Por tanto es seguro ya que el cardenal quiere comprometer desde sus primeras frases a los padres conciliares en la búsqueda de un compromiso con los luteranos.

La impresión y difusión de *El beneficio de Cristo* aparecen hoy bajo su verdadera luz: la de una estrategia calculada.

Desde hace dos años a esta parte Polo y sus amigos han conseguido, con ese maléfico libelo, difundir la simiente de sus ideas criptoluteranas y desatar, además, el debate sobre su significado, y ahora esperan recoger los frutos en Trento.

Que Dios omnipotente nos proteja de una desventura semejante, iluminando el ánimo de mi señor y aconsejándole las indispensables medidas preventivas.

Besando las manos de Vuestra Señoría, me encomiendo a su protección.

De Viterbo, el día 13 de mayo de 1545,
el fiel observador de Vuestra Señoría,

Q.

El diario de Q.

Viterbo, 13 de mayo de 1545

En el fresco soy una de las figuras del fondo.

En el centro destacan el Papa, el Emperador, los cardenales y los príncipes de Europa.

En los márgenes, los agentes discretos e invisibles, que atisban desde detrás de las tiaras y las coronas, pero que en realidad sostienen toda la geometría del cuadro, lo llenan y, sin dejarse descubrir, permiten a aquellas cabezas ocupar su centro.

Con esa imagen en la mente me decido a llevar estos apuntes.

En toda la vida no he escrito ninguna línea para mí mismo: no hay página del pasado que pueda comprometer el presente, no hay ningún rastro de mi paso. Ni un nombre, ni una palabra. Nada más que recuerdos en los que nadie puede creer, ya que son los de un fantasma.

Pero ahora es distinto: tal vez hoy es más difícil y arriesgado que en Münster. Los años italianos enseñan que los palacios son mortales de necesidad, tanto como los campos de batalla, solo que aquí dentro el ruido de la guerra está amortiguado, absorbido por el parloteo de las negociaciones y por las mentes agudas y asesinas de estos hombres.

Nada es lo que parece dentro de los palacios romanos.

Nadie puede captar el cuadro de conjunto, ver al mismo tiempo la figura y el trasfondo, el objetivo final. Nadie excepto aquellos que tienen en sus manos los hilos de la trama, hombres como mi señor, como el Papa, como los decanos del Sacro Colegio.

Nota: comprender, anotar, no descuidar detalles en apariencia irrelevantes, que podrían resultar ser las claves de bóveda de toda una estrategia.

Los elementos del cuadro: un libro peligroso; un Concilio inminente, un hombre poderosísimo; el servidor más secreto.

Sobre «El beneficio de Cristo»

Hará casi dos años que se imprimió el libro. Ha desencadenado polémicas (el cardenal Cervini lo ha prohibido en su diócesis), pero

pese a eso continúa circulando sin problemas, o mejor dicho aún, conoce una gran difusión.

Los «viterbeses» fingen que no pasa nada, mientras se preparan para llevar las tesis del libro al Concilio de Trento (Reginald Pole: «Hay momentos y lugares adecuados para las ideas que, cuidadosamente escogidos, pueden impedir a los nuevos tribunales pararlas»). Pole espera derrotar a Carafa en lo que al tiempo se refiere: la difusión de las ideas reformadas contra la creación de la Inquisición.

¿Puede ser El beneficio de Cristo un arma de doble filo que golpee a quien la ha forjado? ¿Y cómo?

¿Arreglárselas para que el Concilio lo condene inmediatamente y desenmascare a sus autores? ¿Atribuirlo a Pole y a su círculo de amigos?

No, el inglés lo negaría todo, su credibilidad es demasiado alta para poder hacerle la imputación de herejía, y además, no hay pruebas de que haya sido el autor del libro. Si consigue disculparse saldría más reforzado que nunca. Mi señor esto lo sabe; es hombre demasiado prudente para conceder una oportunidad semejante a su mayor adversario.

Mejor aún: urdir una tela de araña, donde uno tras otro caigan todos los cardenales que ven con buenos ojos a los reformados. Un libro que pase de mano en mano, de biblioteca en biblioteca, y contagie a todo aquel que lo toque. Y cuando se recoja la red, pescar a todos los peces gordos de una vez. Es preciso dejarlo circular, aunque el Concilio lo condene, dejar que los amigos de Pole lo lean, se queden fascinados por él, tanto como lo están por ese brillante intelecto inglés. Mientras tanto Carafa trabaja, construye paso a paso la máquina capaz de darles la puntilla a todos de un plumazo. Sí, así es como razona mi señor. Pero un juego de este tipo puede escapársele de las manos, volverse demasiado grande incluso para su mente ubicua.

Sobre el Concilio

29 de junio de 1542: publicada la bula papal de convocatoria del Concilio ecuménico.

21 de julio de 1542: bula papal Licet ab initio que instituye la Congregación del Santo Oficio de la Inquisición.

Entre estas dos fechas, reanudación de la guerra entre Carlos V y Francisco I.

Por lo que parece, si no hay Concilio, habrá guerra, de ejércitos o de intelectos, no existe mayor diferencia.

De Concilio: una defensa velada de las tesis de El beneficio de Cristo. Los cardenales espirituales quieren transformar el Concilio de Trento en la sede privilegiada para afrontar la cuestión de la justificación. El

Concilio debería convertirse en la fuerza contrapuesta a la Inquisición, que debe robustecerse bajo la astuta guía de Carafa. No cabe duda de que mi señor se prodigará a fin de que las tesis de El beneficio sean condenadas aun antes de ser discutidas.

Sobre Carafa

Cabe preguntarse qué debió de encontrar Vesalio, el necrófilo, dentro de ese hombre cuya mirada parece apuntar hacia un horizonte demasiado lejano, no de esta tierra. Tal vez todo el temor que él infunde. O la gracia divina de la mente insondable del Creador bajo las celadas facciones de la crueldad.

Pero ¿quién es este?

Mi señor y monje, maestro del disimulo y de la simulación, de casta de mando, primero prelado y luego pobre teatino por voto. Enemigo del Emperador, al que tuvo de hecho sobre sus rodillas, despreciándolo ya; de intuición que diríase diabólica, si no conociéramos su fe; sumo arquitecto del Santo Oficio, renacido para él y bajo él, que custodia sus secretos, sus miras, y lo hace crecer como una prole amada, con desmesurada energía, a una edad en la que gran parte de los hombres hace ya tiempo que está entre tierra y gusanos; apóstol de lo que lo entusiasma por encima de cualquier otra cosa: la guerra espiritual, lucha interior y exterior, sin cuartel, contra los embelecos de la herejía, bajo cualquier forma en que estos se presenten.

Pero ¿quién es este?

Sobre mí

El ojo de Carafa.

CAPÍTULO 6
Paso del San Gotardo, 17 de mayo de 1545

No tendría que haberlo hecho. ¿Volveré a controlar los gestos, la mente?

Ridícula, sublime, pavorosa visión.

¿O bien abandonarme completamente?

Los bosques ondulantes del Mittelland hasta llegar al Aare, luego lentamente en la plana y amplia barcaza pasando Olten, Suhrsee y por fin Lucerna, en el extremo profundo del oscuro lago de los cantones, donde se cruza con el Reuss. De ahí, a lomo de un mulo, o, mejor dicho, de dos, uno para los bagajes y los libros de Perna, entre los cientos que suben cargados las pendientes del torvo monte Pilatos resoplando por los senderos a menudo inaccesibles, pero atestados de tráfico comercial y de hombres, carros y bestias. Arriba y abajo de este obligado tránsito de pendientes soleadas y prados alpestres, de bosques salvajes y espléndidos, rodeados de pronunciados picos, de un aire nítido y punzante que surcan en sus alturas extremas las alas del halcón peregrino. Clara mañana de primavera, experimento la tónica ebriedad de las cotas altas. Observo el desfiladero impracticable en otra estación, el puerto que desde Andermatt lleva a Airolo, San Gotardo que mira a suelo italiano.

Debo de estar completamente loco. Un viejo chiflado que se pone en camino desde estas montañas hacia el gran burdel del mundo que mira de cara al Turco.

Ridícula y sublime visión.

Un pánico que transmite entumecimiento a los miembros. Un gamo se escabulle rápido como una flecha entre los árboles.

Podría morir ahora. En medio del éxtasis de una terrible euforia, en la parálisis del sol cálido sobre unos músculos envejecidos y doloridos. Ahora. Sin saber quién soy. Sin un plan, y con dos pesadas alforjas de libros. Antes de que la absurda inercia se reanude, de que el insensato intelecto me haga volver a la silla de ese mulo. Dos alforjas. Contemplo los escarpados valles italianos que preceden a la llanura, hasta el mar. Para encontrar a los espectros, bajo el letrero del Pozo. Ven conmigo, constructor de tejados, pues no sé quién soy. Y mis piernas no son ya firmes. Ahora.

Bérgamo, República de Venecia, 25 de mayo de 1545

¿Así que unas pocas tiras de estas largas hojas enrolladas, los aromáticos cigarros de Ultramar que me traje de tierras holandesas, pueden verdaderamente provocar en esos picachos semejantes emociones intensas y desequilibradas?

Me siento todavía turbado. Pero con ese miedo parecido al vértigo del extravío, de la fascinación de lo desconocido y de la posibilidad extrema, de las regiones inexploradas y de la visión profunda. Distinto de la ebriedad del vino, de la cerveza o del aguardiente. Sin esos humos y la confusa mezcla de pensamientos e insensata verborrea.

Otro ser dentro de ti. Que se desvanece ligero, sin dejar rastro en el cuerpo pero inmutables las preguntas.

A lo largo del Ticino hasta el pequeño pueblo de Biasca. Desde allí, acompañado por un guía, a través de senderos de montaña, al este hacia Chiavenna, superando los valles de Calanca y Mesolcina, por encargo de Perna, para entregar libros en el círculo de los exiliados reformados que desde la Italia del norte afluyen a la República Rética.

En las riberas del río Mera, lugar inaccesible y pantanoso al mismo tiempo, obstruido en parte por antiquísimos hundimientos del terreno, donde la tierra firme se confunde con las aguas del lago de Como y montañas estériles y altísimas hacen difícil el acceso. Chiavenna, la llave de los valles, si no fuera por su posición estratégica y la autonomía que le permite ser refugio sería un lugar desaconsejable para el viandante.

Dos días de parada para descansar los huesos de las marchas alpinas, y luego nuevamente rumbo al sur, hasta el punto en que el Adda desemboca en el lago Lario. Una media jornada para vadear hasta Lecco, en los confines con el territorio de la Serenísima.

Desde aquí, después de tanto subir y bajar, el camino discurre recto, a través de la llanura, hasta Venecia. Con un buen servicio de enlace, cuatro días de viaje.

Venecia

CAPÍTULO 7
Venecia, 29 de mayo de 1545

Distante a simple vista, vuelta más incierta por los cendales de niebla que hacen del sol un disco blancuzco, uno no sabe si el espejismo es el mar que se está surcando, cuando en cambio es tierra firme, o los palacios y las iglesias apoyados en el agua, en realidad escollos de formas arquitectónicas.

Luego la barcaza enfila por un gran canal. Ventanas, balcones y jardines danzan cual manchas de color y se difunden entre las orillas.

A los lados se abren callejones navegables por los que solo cabe una embarcación, tan estrechos algunos de ellos que los tejados de las casas parecen tocarse, impidiendo filtrarse los rayos del sol. Perna me ha hablado de iglesias, de palacios, de plazas y burdeles, pero no me esperaba el milagro de vías de agua, el impresionante número de barcas de todas formas y tamaños que sustituyen a los carruajes, las literas y los caballos. Esta ciudad parece no conocer la rueda, ni el denso pasar de gentes de las calles principales, construcción absurda que desafía toda lógica arquitectónica y parece casi flotar sobre el mar, hasta el punto de hacer palidecer a la misma Amsterdam y a las tierras de Holanda, arrebatadas al océano por la tenacidad de las gentes del norte.

Las gaviotas surcan el pálido cielo y encuentran apoyo en recios palos, macizos, a menudo coloreados y adornados de escudos, que despuntan, cual troncos en un bosque, de los bajos fondos y sirven de amarre a barcas de formas y tamaños distintos.

El angosto horizonte va ensanchándose poco a poco, para abarcar de nuevo una isla, a la derecha, y un conjunto majestuoso de construcciones de colores mortecinos, sobre las que destaca altísimo un campanario robusto, cuadrado, puntiagudo como una flecha.

A la izquierda, se abre una nueva vía de agua, verdadera calle fluctuante, con los portones y las escalinatas de los palacios sumergidos directamente en las aguas, como no he visto nunca en ningún país que tenga un río o algo parecido. La ciudad y el mar parecen haber crecido juntos.

La barca amarra casi debajo mismo del magnífico balcón de un palacio totalmente revestido de rosado mármol, al lado de una columna con la estatua del León alado y del que debe de ser el escenario para las ejecuciones capitales. Los instrumentos y los símbolos del poder de la Serenísima son las primeras imágenes que el extranjero

debe tener a la vista.

Apenas un pie en tierra, sorprende en cambio la confusión, el ir y venir de gente, los gritos, las aglomeraciones, los saludos, las disputas; tal vez el único elemento que separa el mar, lugar de ruidos amortiguados, del resto de la ciudad.

Apenas un pie en tierra, no sé en virtud de qué características, me reconocen enseguida como un extranjero de lengua alemana y me rodean una veintena de zagales que se esfuerzan en explicarme lo imposible que resulta andar por Venecia sin conocerla a fondo, el gran riesgo de perderse, de acabar en malas manos, de salir perdiendo con el cambio; y mientras van enumerando cortésmente estos riesgos tratan por todos los medios posibles de meter mano en mi bolsa.

—Magnífico señor, por aquí, sígame, gran señor, ¿quiere un lugar para dormir? ¿Lo quiere? Pues venga conmigo, ilustrísimo, yo le enseñaré la ciudad más hermosa del mundo, ¿dónde está su equipaje, magnífico señor? ¿En la casa de postas? Desagradable lugar, mi señor, no es digno de un gran hombre.

La voz sale de una boca completamente desdentada y recuerda inequívocamente la de un viejo, pero el muchacho que por unas pocas monedas se ha brindado a mostrarme la ciudad no puede tener más de quince años.

—Venga, venga, ¿quiere tomar un poco de vino? ¿No? ¿Quiere una mujer? Aquí encontrará las mujeres más bonitas desde Constantinopla hasta Lisboa, y nada caras, señor, nada caras, venga, ¿quiere una mujer? Yo lo llevaré donde están las más hermosas, limpias, nada de enfermedades, no, no, jovencísimas. ¿Está aquí de negocios, muy noble señor? ¿Seda? ¿Especias? ¿No? Lo llevaré al lugar adecuado, es aquí cerca, venga, un sitio precioso, grandes señores como usted, mercaderes, venga...

Mientras atravesamos la plaza su lengua no para, se dirige en veneciano a cualquiera que trata de acercarse, manteniéndolo a la debida distancia, llevándose una mano al pecho para indicar que el extranjero es suyo, que nadie se lo toque.

—Sígame, señor, en un momento estaremos en Rialto y en el Fondaco dei Tedeschi. Allí puede cambiar todo su dinero, hacer sus compras, sí. Pero si lo que quiere es quedar contento, me tiene a mí: yo le doy cincuenta ducados por treinta y dos florines de peso regular.

La plaza de San Marcos no parece formar parte de una ciudad, sino ser más bien el salón de baile de algún palacio, la cubierta de un gran navío, siendo su mástil majestuoso ese robusto campanile de base ancha y estrecho en lo alto, y la torre con el reloj es el alcázar de proa, bajo el que pasamos ahora, con los dos almirantes en lo alto lis-

tos para hacer sonar la gran campana.

—Esa es la sede de los Procuradores de San Marcos, grandes magistrados de la República, Procuratie se llama. Ahora tomamos hacia las Mercerie, ¿quiere comprar algún paño? ¿Especias? Le diré dónde comprarlas y dónde venderlas a buen precio. ¿Quiere hacer negocios en Rialto? No se separe entonces de mí, y no se deje enredar por los vendedores, mala gente, nobilísimo señor, gente deshonesto.

No estoy seguro de haber comprendido todo lo que el chico ha dicho. Habla mirando adelante, sin volver demasiado el cuello, en una lengua que apenas si reconozco y en medio de un pulular indescriptible de rostros y de voces. Balbuceo una incitación a ir y en un instante me encuentro a cincuenta pasos detrás de él, nariz en alto, como un corcho en medio de la corriente. Observo los rostros de la gente que abarrotan estas estrechas calles de tiendas y tenderetes; escucho los dialectos y las cadencias más extrañas, una lengua que me parece eslava, otra que diría árabe.

Esta callejuela empedrada me lleva lejos del mundo que hasta ahora he conocido. Otras veces he olfateado el olor de las especias, otras he aspirado el humo del tabaco, pero nunca como ahora he notado la sensación de encontrarme en una encrucijada de lugares posibles. Un zoco de Constantinopla, un puerto de Catay, una estación de postas en Samarkanda, una fiesta por las calles de Granada.

—Gran señor, entonces, ¿quiere comprar alguna cosa? Pídamelo a mí, yo le aconsejaré.

El guía me ha alcanzado de nuevo y me estira violentamente de un brazo. Me escruta con una mirada extraña y tengo como la impresión de que comienza a dudar de mis facultades mentales.

—¿Ve, excelentísimo? Esto, que en todas las ciudades de Italia se llama piazza, aquí en Venecia recibe el nombre de campo, y las vie y las strade son calle muy estrechas, y fundamenta si está al borde de un canal, y salizada y la ruga...

La calle da sobre las aguas coincidiendo con la entrada de un imponente puente de madera. Por el número de naves amarradas en ambas orillas del canal, a la derecha del puente, y por el tráfico incesante de carga y descarga de mercancías, uno tiene precisamente la impresión de haber llegado al corazón del comercio de la Serenísima.

—¡Rialto, señor!

Un espléndido puente de madera con la parte superior que puede abrirse al paso de las naves más grandes.

A la derecha, una logia enorme, las paredes exteriores con frescos a todo lo largo del edificio.

—Pinturas de Giorgione, eminentísimo, y de su discípulo Tiziano, ¿lo conoce? Una gran maravilla, señor... Pintores famosos, Tiziano

pintó al Emperador.

En el patio interior, el indistinto bullicio que se alza debido a las intensas negociaciones comerciales está integrado por lo menos por cuatro dialectos alemanes. Gente del norte, cabezas rubias, bigotes caídos, y establecimientos que venden cerveza.

—El Fondaco dei Tedeschi, nobilísimo señor, para sus negocios. Bancos, agentes, ricos. ¿Ve esa agencia de allí abajo? Pues es de los Fugger, los más grandes banqueros del mundo, conozco al agente, puedo presentárselo si así lo desea, señor, es amigo mío, le procuro putas, y él me enseña su lengua...

—Si hubiera querido ver a alemanes, me habría quedado en Alemania, ¿no te parece?

—Exactamente, señor, no le interesa el comercio, mejor el placer, ¿no? Unas putas guapísimas...

—Un lugar donde hospedarme. Una cama decente, comida decente.

—¿Donde no le echen el ojo? Por supuesto, magnífico señor, dicho y hecho, venga, yo lo llevo, un lugar discreto, una buena cocina, buenas camas y buenas mujeres... muy buenas mujeres, ninguna pregunta, Corte Rampani, en San Cassiano, venga, no está lejos, pasado el puente, doña Demetra estará encantada de conocerlo, un señor importante como usted...

—Calle de' Bottai, magnífico señor, casi hemos llegado.

—Hay putas por doquier. ¿Practican algún otro oficio las mujeres de esta ciudad?

—Tan rentable, no, señor. El Consejo quería confinar los burdeles en Corte Rampani, pero no hay sitio para todos, y por lo tanto, como suele decirse, ha hecho la vista gorda. Aquí está, esta es la posada del Tonel. Anunciaré a mi señor a doña Demetra.

Las dos muchachas que están en la puerta dicen algo en veneciano, amplias sonrisas y tetas que se traslucen bajo los vestidos lo suficientemente desceñidos. Es una casa de madera y mampostería, de tres plantas. En la puerta destaca un letrero que representa un pequeño tonel. El guía se cuela en su interior dejándome en compañía de las jóvenes putas.

—¿Alemán?

Hago media inclinación, que me devuelven ambas. La que parece más joven busca las palabras en mi lengua.

—¿Mercader?

—Viajero.

Traduce para la amiga y se ríen juntas.

Descubre una teta lozana:

—¿Gustas?

El tono más gentil que encuentro:

—Ahora no, querida mía, necesito descansar los viejos huesos.

Tal vez no ha comprendido, de todos modos se encoge de hombros y vuelve a cubrirse.

El pequeño claro en medio del bosque de casas se ve interrumpido por un puente, aparentemente demasiado endeble para sostener el peso de solo dos seres humanos. Debajo, el canal fangoso discurre plácidamente. Me doy cuenta de haber perdido totalmente la orientación, hemos recorrido un dédalo infinito de callejuelas, puentes, plazas, y estoy casi seguro de que no hemos ido siguiendo una línea fijada, cosa imposible en esta ciudad.

El guía asoma en la puerta haciéndome señal de entrar.

Un gran ambiente, una taberna, con enormes cubas alineadas contra la pared, una chimenea generosa y mesas en medio.

Es una mujer que frisa la cuarentena la que viene a mi encuentro y a la que hago una inclinación, cabellos negros como el azabache y un perfil afilado, rasgos exóticos, que hablan del Mediterráneo.

—Soy doña Demetra Boerio. El joven Marco dice que buscáis un alojamiento, micer. Sea bienvenido.

Se ha dirigido a mí en una lengua extraña, pero comprensible, con algo de latín culto, que revela unos discretos estudios, pero el saludo ha sido en alemán.

Opto por el latín:

—Soy Ludwig Schaliendecker, alemán. Quisiera quedarme por unos días.

—Todo el tiempo que deseáis. Tenemos cómodas camas y las habitaciones no son caras. Marco me ha dicho que habéis dejado vuestro equipaje en la posta. No os preocupéis, mandaré al muchacho a recogerlo, podéis fiaros de él, trabaja para mí desde que era un chiquillo.

Las cosas se van aclarando y me arrancan una sonrisa.

—Cuando el equipaje esté aquí, os pagaré la habitación por anticipado.

El desdentado Marco deja caer la alforja en el pavimento y se quita el sudor de los ojos con la manga.

El ducado de oro borra enseguida el cansancio de su rostro.

—Gracias, generosísimo señor, mil veces gracias. Si necesita algo más, sí, pregunte por mí y quedará siempre satisfecho.

—Por ahora no necesito nada más que una indicación. Tengo que ir a un lugar.

Se le enciende la expresión:

—Dígame, dígame, señor, conozco toda Venecia, ¿quiere ir a algu-

na parte? Lo llevo cuando usted quiera.

—Ahora no. ¿Conoces la librería de Andrea Arrivabene?

—El librero Arrivabene, por supuesto, señor, se encuentra en Merceria.

—¿La del letrero con el pozo?

—Por supuesto, nobilísimo señor, a poco rato andando de aquí, pasado el puente de Rialto. ¿Quiere ir allí?

—Mañana. Ahora quisiera descansar.

Sale haciendo varias reverencias.

Por el ventanillo descubro las grandes cúpulas de la catedral y el campanile. Así pues, es allí donde desembarqué. Y de algún modo he atravesado el laberinto de esta ciudad extravagante que ahora me separa de San Marcos. No sabría por dónde comenzar de querer desandar el camino. Correría el riesgo de encontrarme a pocos pasos de la enorme iglesia sin conseguir descubrirla, terminando quién sabe dónde. Y esta es precisamente la sensación dominante: poder seguir caminando hasta el infinito sin llegar a ninguna parte, o bien a lugares nunca siquiera imaginados, recónditos. La maravilla te aguarda detrás de cada esquina, al fondo de cada callejón.

Venecia. Mercaderes, putas y canales, junto a los frescos, las iglesias, los palacios, los astilleros. Perna tenía razón; el contraste y la posibilidad se respiran en el aire húmedo de estas calles.

La cama es cómoda, las piernas tienen necesidad de un descanso. Desde la catedral hasta aquí no hay, después de todo, una gran distancia, pero sí todo un continuo subir y bajar de puentes, de callejones tortuosos. Lo primero que hay que hacer es conseguir una barca.

CAPÍTULO 8
Venecia, 1 de junio de 1545

Pietro Perna ha llegado a la ciudad. Ha dejado un mensaje para mí en la librería de Arrivabene, fijando la cita en el taller de Jacopo Gastaldi, un pintor al que desea encargar un cuadro.

El maestro está instruyendo a uno de sus aprendices sobre el color que debe emplear para completar una imagen.

—¿No ha llegado micer Perna? —pregunto desde la puerta.

Un gesto con la cabeza me invita a entrar. La tela del caballete es realmente grande y reproduce Venecia, a vista de pájaro, increíble laberinto de agua y tierra, piedra y madera, morada por lo menos de ciento cincuenta mil personas de muy diversas razas, con iglesias en número superior a cien, sesenta y cinco monasterios y tal vez ocho mil casas de lenocinio.

Por unos instantes la sobrevuelo.

Llama enseguida la atención la ausencia de murallas y de puertas, de torres defensivas y bastiones. El agua de la laguna parece suficiente para desalentar a los peores enemigos. Muchos palacios, por otra parte, son tan altos o más que cualquier muralla y apostaría a que harían falta todos los colores de la paleta para dar razón de los colores y de los mármoles que se acumulan en esas fachadas.

Con el consentimiento de Gastaldi, entretengo la espera dando vueltas por entre los cuadros, unos acabados y otros en curso aún de elaboración.

Un cuadro mucho más pequeño que el anterior representa un canal repleto de embarcaciones: desde la galera más imponente, con remeros negros, hasta la más sencilla barquichuela, con un único remo. En la fundamenta que la bordea puede distinguirse a un turco, con el caftán árabe, y al menos a tres mujeres, inconfundibles, pues destacan sobre la multitud gracias a esos zuecos altísimos que he visto calzar, rubias como son casi todas las muchachas de aquí, no por nacimiento, como en Alemania, sino por la costumbre de exponer sus cabellos al sol, bañados en esencias y desplegados sobre esos extraños sombreros de ala ancha, sin copa.

Inmediatamente detrás de esta, hay otras dos telas, de idéntico tamaño. Dos retratos inacabados: uno de mujer y el otro de un magistrado. La mujer va enjoyada de la cabeza a los pies, incluso pendientes de oro en las orejas, a la usanza de las féminas de Venecia de exponer por todo el cuerpo un exagerado número de joyas, perlas y

piedras preciosas. El magistrado lleva una toga de color vivo, que debe de indicar la pertenencia a alguna de las muchísimas congregaciones de la Serenísima.

Desde la blasfemia a las trifulcas, desde los forasteros a la vida nocturna, no hay aspecto de la vida de los venecianos que no esté regulado por una magistratura especial. Pietro Perna sostiene que el sistema es realmente complicadísimo, hasta el punto de que el pueblo probablemente ha renunciado a entender nada de él y se abstiene de protestar y replicar al poder, desahogando todas sus tensiones en los juegos más brutales, como la caza de los toros y las peleas tradicionales entre Castellani y Nicolotti, para la conquista de un puente a base de puñetazos y garrotazos.

Un marco precioso, con arabescos y calados, envuelve un cuadro un tanto misterioso: la laguna aparece en él atestada de embarcaciones de todo tipo, entre las que destaca una, ornada con drapeados y colores, desde lo alto de la cual un hombre que podría ser el Dux hace un gesto extraño hacia mar abierto.

—¿Os interesa la pintura, compadre? —La voz estridente de Perna me sorprende a mis espaldas—. ¿O más bien es el tema de la tela el que os sorprende?

Señalo la figura del centro de la pintura:

—¿El Dux, verdad?

—Su Serenísima en persona, en actitud de desposar al mar, arrojando un anillo de oro entre las olas, como es tradición para las fiestas de la Sensa, la Ascensión de la Virgen. Los venecianos se vuelven locos por este tipo de rituales. —Me estrecha la mano y muestra una sonrisa de alegría—. ¡Bienvenido a Venecia!

—Contento de volver a veros, micer Pietro. Ahora que estáis aquí, espero que me hagáis de guía en este laberinto en el que aún no he conseguido orientarme. Y si por mi parte puedo seros útil en algo...

La mirada circunspecta, se acerca a mí:

—Sí, podríais, podríais... El motivo es una señora, ¿entendido?, tengo aquí una carta para ella, pero no puedo llevársela a su sirvienta, pues si me viera el marido, se pondría especialmente nervioso. Me preguntaba si no seríais vos tan gentil como para... Sin exponeros demasiado a que os vean, claro está.

—¿Me invitaréis por fin a la cena que me prometisteis en Basilea?

—¡Pedid y se os dará, amigo mío, un corazón loco de amor no repara en gastos!

CAPÍTULO 9
Venecia, 12 de junio de 1545

El escándalo de abajo me hace ponerme en pie de un salto. Gritos, sillas derribadas. Alguien que sube las escaleras a todo correr. Echo mano al puñal.

La puerta se abre de par en par, los ojos aterrorizados de Marco me miran fijamente.

-¿Qué ocurre?

-Una gran desgracia, señor, terrible... ¡Quiere matarla, estoy seguro de que quiere matarla!

La monserga continúa en veneciano.

-¡No entiendo ni jota! ¿Qué ocurre?

-El Mulo, señor mío. ¡Está abajo el Mulo, con dos de sus hombres, quiere darle un escarmiento a doña Demetra, Dios Santo, va a matarla!

Lo empujo fuera de la habitación.

-¿Quién es el Mulo?

-Tiene a las putas de la calle de' Bottai y dice que doña Demetra le ha robado a las chicas...

El resto se vuelve algo incomprensible.

Bajo las escaleras. Por la taberna parecen haber pasado los lansquenets: mesas derribadas, sillas rotas. Las muchachas se apretujan en un rincón aterrorizadas, tres hombres de pie, uno con un cuchillo en la garganta de doña Demetra.

Cinco pasos entre el más próximo y yo: treinta años como mucho, un bastón de punta acerada en la mano. El más gordo tiene agarrada a doña Demetra de los pelos, la hoja en la piel, el tercero está en la puerta.

Me ven. El gordo dice algo en veneciano. Cara de tonto matón. Es el cabecilla.

El del bastón se va por la pata abajo, un golpe inesperado, le bloqueo el brazo y le rompo la nariz de un cabezazo. Trastabillea hacia atrás sorprendido. Recojo el bastón, miro a los ojos del Mulo y escupo al suelo.

Sonríe forzosamente. Arroja a doña Demetra al suelo y le grita algo, apuntándola con el dedo índice.

Hace ademán de acercarse: le rompo el bastón en el hombro y con el trozo roto lo golpeo en el estómago. Se agacha, le he hecho daño.

Saco el puñal y se lo meto por una ventana de la nariz, la cabeza bloqueada por el pelo.

Una ojeada a los otros dos: las manos en la nariz chorreante, fuera de juego, el segundo está pensando ya en poner pies en polvorosa, lo dice su mirada.

—¡Marco!

El muchacho está detrás de mí:

—Santo Dios, señor, ¿es que queréis matarlo?

—Dile que si vuelvo a verle el pelo por aquí le parto la crisma. El muchacho farfulla algo en veneciano.

—Dile que si toca a doña Demetra o a una de sus chicas, iré a buscarlo y le romperé la cabeza.

Marco se arma de valor y pone en ello la rabia que me falta a mí.

Empujo al Mulo hacia la salida, el último impulso se lo da una patada en el culo. Los dos compinches se largan tras él.

Doña Demetra se levanta, arreglándose la ropa y el peinado.

—Os doy las gracias, señor. Nunca podré pagaros lo que acabáis de hacer.

—Basta con que me digáis a quién he apalizado, doña Demetra, y estaremos en paz.

Recoge una silla, mientras las muchachas la rodean de atenciones y Marco le ofrece agua.

—El Mulo es quien explota los burdeles de la calle de' Bottai.

—¿Y os odia mucho?

Se suelta el pelo:

—Algunas de las muchachas que trabajaban para él decidieron venirse conmigo. No estaban contentas con el trato que el Mulo les daba. Poca paga y a cintarazo limpio, no sé si comprendéis...

Asiento:

—Puedo imaginármelo, no tenía lo que se dice trazas de caballero.

Doña Demetra sonrío:

—Los caballeros pueden hacer cosas incluso peores, señor mío, y por eso vuestra intervención de hoy no basta para prevenir todos los riesgos del oficio.

—Comprendo. Mientras yo esté aquí, doña Demetra, espero que queráis aceptar mis servicios.

CAPÍTULO 10
Venecia, 20 de junio de 1545

Pietro Perna arponea un pedazo de pan untado con manteca y entre un bocado y otro se lanza a una descripción del plato fuerte de la noche.

–Señores, una pequeña lección de cómo el arte culinario de estas tierras ha sabido dar sabor y renovar una típica receta del otro lado de los Alpes: el abadejo. Nuestros amigos nórdicos se limitan a hervir este pescado después de haberlo tenido en remojo durante dos días. –Se acerca y me abraza con aire de conmiseración–. Y digo yo: pero qué imperdonable falta de fantasía. A propósito, compadre, ¿lo habéis probado alguna vez?

–Por supuesto, en numerosas ocasiones.

Al italiano se le escapa una risotada y levanta los ojos hacia las vigas del techo:

–Os aseguro que es una experiencia que vuestro paladar ha olvidado. En cambio, los sabores que vais a disfrutar en el día de hoy os dejarán un recuerdo imborrable. Pues bien: después de haber sido hervido, dicho abadejo es enharinado, salpimentado y se le pone una especia oriental que llamamos canela. Luego se pone a sofreír manteca, ajo y cebolla, ¿eh?, y al cabo de un momentito se añaden unas anchoas desmenuzadas, perejil triturado y vino. Luego, una vez que se ha reducido el vino se añade la leche, ¿entendido?, y todo ello se echa sobre el pescado y se deja cocer hasta que la leche se haya consumido. Por último, se sirve exquisitamente acompañado de unas porciones de polenta. ¡Menuda, pero que menuda maravilla!

La sirvienta del librero Arrivabene me pone en el plato una ración abundante, mientras Bindoni me llena el vaso con religiosa lentitud. Me habla en una mezcla de latín, alemán e italiano, una lengua esta última con resonancias de la de los mercaderes de España y de la que consigo comprender alguna que otra palabra.

–Ninguna bebida acompaña mejor el pescado que los vinos de las colinas de alrededor de Verona, micer.

Perna se levanta de su silla de un brinco y se dirige a mí en alemán:

–Espero que no hayáis entendido lo que acaba de decir nuestro impresor, porque de lo contrario deberíais hacer una anotación en vuestro cuaderno en la voz «Tonterías de Bindoni». –Luego pasa al latín–. Nuestros amigos no saben que tuvisteis ya ocasión de probar

el mejor de los vinos toscanos, ¿entendido?, y quieren haceros creer que la Serenísima no tiene rival en materia de vinos.

—¡Vamos, micer Pietro, en Toscana no tenéis ni idea de lo que es beber con un plato de pescado, es cosa sabida por todos!

—¡Así como todos saben que el Dux se hace traer las damajuanas de Mon-te-pul-cia-no!

—Me habían dicho —apunto yo en un latín torpe— que los mercaderes de Venecia, tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, están preocupados por la importancia comercial que podrían adquirir los puertos occidentales. Es cierto que, si siempre que tienen que tratar sobre un negocio, se sientan a la mesa y se ponen a discutir de salsas y de vinos, no podrán achacarle únicamente a Colón su decadencia.

Perna me mira de arriba abajo un instante, luego apunta y espeta:

—En cambio, si los mercaderes del norte no dejan de hablar solo de negocios, pronto se encontrarán con una montaña de dinero, ¿entendido?, pero no sabrán en qué gastárselo, porque el arenque ahumado se habrá convertido en su única comida, la cerveza en su única bebida y la Biblia de Lutero en su único libro.

—De acuerdo —sonríe Bindoni—, entonces tratemos de hablar de libros, ya que al menos en materia de imprenta los toscanos tienen que agachar la cresta. ¿Qué proponéis, exactamente?

Perna es increíblemente sintético, quizá para permitirme captar cada una de sus palabras:

—El beneficio. Él financia y distribuye en el territorio de la República, tú imprimes, Arrivabene vende en Venecia y yo me ocupo del Milanésado.

Bindoni se rasca la negra barba. Es un hombre de alrededor de cuarenta años, un asomo de calvicie en las sienes y la tez aceitunada.

—Vayamos despacio, Perna, por partes. Lo estáis poniendo demasiado fácil.

—¿Cómo? ¿Cuántos ejemplares has vendido hasta ahora?

—Cerca de tres mil, la tirada entera. Pero ahora hay que ser más prudentes. Desde el pasado año la Magistratura de los Ejecutores no solo supervisa los juegos de azar y la blasfemia, sino también las violaciones de la ley en la impresión.

Perna tiene la prudencia de informarme en alemán:

—Son los censores de Venecia. —Luego mira a Bindoni, que está encogido y toma un sorbo de vino—: Pero en Venecia se ha impreso siempre de todo.

Bindoni:

—Sí, pero ahora los Diez se han vuelto más listos. Cada libro debe recibir antes de ser impreso la autorización de los Ejecutores. Tengo serias dudas de que se la concedan a El beneficio de Cristo.

Perna me mira para cerciorarse de que también yo haya comprendido todo, luego se dirige a los dos compadres:

—¿Existe algún problema en imprimirlo clandestinamente?

Bindoni:

—No, pero hacen falta algunos títulos de cobertura. Si pido la autorización para nueve obras hay muchas probabilidades de que la décima pase desapercibida, ¿me explico?

Perna me lanza una ojeada cuando me dispongo a coger el abadejo con las manos, y me enseña ante las mismas narices un instrumento en forma de horca:

—¡El tenedor!

Luego ensarta un pedazo de pescado, se lo lleva a la boca y espera a que yo haga otro tanto:

—Así no se quedan las manos pringosas.

Arrivabene es un tipo seboso, que frisa también la cuarentena, un copete de ralos pelos negros y un modo de hablar un tanto remilgado, con la boca abierta:

—Por lo que se refiere a la impresión no debería haber ningún problema, más que de fondos. ¿En qué tirada estáis pensando?

Un gesto a la sirvienta que llega con una bandeja de moluscos largos y negros, medio abiertos.

Perna hace las presentaciones:

—Son mejillones. Se comen con las manos. —Coge uno, lo abre bien, pone por encima unas gotitas de limón y se engulle el molusco—. ¿Le ponéis perejil? Deberíais probarlos, mejor, con pan rayado, pimienta y un chorrito de aceite... ¡toscano, naturalmente! Yo pensaba en diez mil ejemplares en tres años.

A Bindoni se le atraganta el vino. Tose mientras Arrivabene le da unas palmadas en la espalda.

Consigue recuperar el aliento:

—¿Estás bromeando? ¿Por quién me has tomado? ¿Por Manucio? No puedo invertir tanto dinero y tantas energías en un solo título.

—Porque todavía no has olido el alcance del negocio —le replica Perna—. Nuestro amigo alemán puede financiar los primeros diez mil, ¿entendido?, y distribuirlos conmigo por la península.

Arrivabene se muestra desconfiado:

—¿Cómo puedes estar seguro de que venderás tanto?

Perna extiende sus pequeños brazos:

—Precisamente porque hay muchas probabilidades de que sea prohibido. Un libro clandestino lo vendes al precio que quieras, ¿entendido?, y crecen las expectativas acerca de su contenido. ¡Lo venderemos como rosquillas! Savonarolanos, antitrinitarios, sacramenteros, criptoluteranos y muchos más curiosos. No infravaloréis

la curiosidad de los hombres, amigos míos, pues puede mover montañas...

–Hum. Aquí en Venecia –precisa Arrivabene– el círculo de los compradores es el de los amigos de Strozzi y del embajador inglés: todos ellos simpatizantes de Lutero y de Calvino... aparte claro está de los caminantes, mercaderes y hombres de letras.

–Estoy convencido –lo tranquiliza Perna– de que en Milán el libro tiene buenas posibilidades de venta, y mucho más en Ferrara, o en Bolonia, que está llena de estudiantes, y en Florencia. Primero empezaremos cubriendo el territorio de la República, luego si los negocios van bien, nos extenderemos cada vez más.

Bindoni está meditabundo, se alisa la barba y mira alrededor con los ojos enrojecidos. Sopesa los riesgos y las ventajas, tiene muy presentes los primeros y no está aún convencido de las segundas.

Perna lo presiona:

–La mitad de las ganancias para nosotros y la mitad para vos.

Bindoni asiente:

–Si hay que hacer la tirada clandestinamente, mi nombre no debe aparecer.

Perna le alarga la mano:

–Asunto cerrado. Si estuviéramos en Toscana sellaría el acuerdo de negocios de la manera más digna, pero en vista de que estamos en la laguna contentémonos con este discreto vino de las colinas vénetas.

CAPÍTULO 11
Venecia, 10 de julio de 1545

El perfume de doña Demetra es un efluvio dulce y sutil, esencia de muguete más o menos intensa, que proporciona indicios sobre su paso, o su presencia, en las habitaciones de la casa.

Sentada al escritorio, en la antesala de su habitación, con la ayuda de papel y pluma subdivide las ganancias del mes.

—Entrad, Ludovico, acomodaos aquí al lado.

Los ojos verdigrises que invitan a hablar y los pocos cabellos blancos que no han sido teñidos adrede, son los únicos signos que cuarenta años de vida han dejado en el rostro de esta mujer de Corfú, hija de un capitán veneciano y de una griega. Su cuerpo emana una energía intacta aún.

—¿Deseabais hablar conmigo, doña Demetra?

—En efecto. Pero sentaos, os lo ruego.

Los recuerdos remotos de la universidad me ayudan a comprender su alemán trufado de latín y griego, una variada amalgama que parece ser la lengua universal a la que los mercaderes de esta ciudad se han adaptado: el idioma de los negocios, de las especias, de los paños y de las porcelanas.

La claridad de esos ojos tiene un no sé qué de mágico, de antiguo y fascinante. Brilla en ellos la inteligencia de una mujer de mundo, ese mundo multiforme y variopinto que ha hecho de Venecia una etapa obligada.

—Os confieso, don Ludovico, un cierto embarazo.

La frase es estudiada, falsa en su contenido pero en absoluto en el tono: anuncia la espontaneidad que me espero.

Doña Demetra se pone en jarras:

—Sois alemán, y sé perfectamente que en vuestro país no es algo usual, por no decir bastante raro, que una mujer le hable de negocios a un hombre.

La tranquilizo.

—Si es este el motivo de vuestro embarazo, entonces descuidad. Las peripecias de mi vida me han enseñado que el genuino sentido práctico de las mujeres es con mucho preferible al estrecho materialismo de los hombres.

La sonrisa se hace más amplia:

—Creía dispensaros un favor mostrándome ingenua: de ordinario los hombres sacan un placer especial de la idea de poder comprender

la mente de una mujer, de poder protegerlas por su mucha experiencia. Para tratar con vosotros los hombres de igual a igual es preciso fingir azoramiento e inferioridad, ya que de lo contrario se corre el riesgo de ofender un orgullo fácilmente susceptible.

Asiento, dejando deslizar la mirada por el cuello aceitinado y el generoso escote.

—Dejemos el orgullo para los ineptos, entonces, y por una vez, hagamos una excepción a la regla.

Es lo que quería oír que le dijeran:

—Quisiera hacer negocios con vos, y hacer de este lugar el más exclusivo y solicitado nido de amor de toda Venecia. Tengo algunas ideas al respecto, y vos contáis con el dinero para hacerlas realidad.

Me acomodo en la silla y apoyo la mejilla sobre una mano:

—Singular propuesta, doña Demetra, el huésped pasa a convertirse en regentador.

—Ahora las cosas funcionan así: los hombres echan el ojo a las muchachas en la calle, o bien llegan aquí, atraviesan el pasillo entre los sofás de las muchachas, se sientan al lado de la que es más de su agrado, la invitan y cuando deciden ir con ella pagan la habitación y el servicio. ¿Qué es lo que les gusta a los hombres de este modo de actuar?

Espera una respuesta, pongo en orden a toda prisa mis ideas para salvar la cara:

—Muchas cosas, diría yo, a juzgar por cómo se aficionan a ello. En primer lugar la naturaleza propia de todo el ritual.

—Exactamente. Tal como les digo siempre a mis chicas: no deis la impresión de estar trabajando, y cuando os inviten, levantaos como si os hubieran solicitado un baile... Por tanto, se trataría de hacer la cosa más natural aún. El cliente debería tener la impresión de haber seducido a su preferida. En la planta baja debería haber una taberna de gran lujo, con tienda de vinos de calidad y cocina. Un lugar donde un rico mercader pueda desear venir también él solo a comer.

—Eh, poquito a poco, doña Demetra, siento que me da vueltas ya la cabeza.

Sonríe a la broma y prosigue:

—Pensad si no en lo siguiente: a una cierta hora, las muchachas entran en la sala. Alguna de ellas se sienta, otra sirve las mesas, una tercera se encarga del mostrador de los vinos. Los clientes más desenvueltos las invitan a sentarse a su mesa, los más tímidos piden a un mozo que les haga de intermediario.

Doña Demetra se levanta lentamente, y estoy seguro de que el modo en que lo hace es expresamente estudiado para ofrecermé una nueva y fugaz perspectiva de su escote. Se pone detrás de mí y co-

mienza a masajearme el cuello con la yema de los dedos. Un estremecimiento hace que se me escape un suspiro.

–Yo creo, don Ludovico, que conquistar a una mujer en la cena, aunque no sea más que fingidamente, es mucho más agradable que hacerlo en el sofá de un pasillo. ¿O me equivoco?

–Muy cierto...

–La segunda propuesta es ampliar el círculo de las muchachas. Una quincena de fijas, y otra quincena que venga cuando quiera, cuando tenga necesidad de dinero, cuando se sienta con ánimos. Cuanto más recambio haya, tantos más clientes aficionados tendrán la ilusión de no estar con mujeres del oficio y tendrán la oportunidad de llevarse a la cama, aquí, a esa muchacha a la que, fuera, no se verían con arrestos para acercarse.

El masaje me quita la tensión a lo largo del cuello y la espalda: son las manos más hábiles que nunca me han tocado.

–¿Por qué pensáis que podría estar interesado en un lugar como este?

Sus cabellos me rozan la oreja:

–Si un extranjero viene a Venecia es o a hacer negocios... o a ocultarse. Al mercader le propongo un negocio rentable. Al fugitivo una actividad que garantice discreción y ninguna injerencia por parte de las autoridades.

Asiento:

–Yo he sido lo uno y lo otro. Pero os diré que actualmente lo que más me interesa es la información.

La carcajada llena de lozanía de una jovencueta:

–Señor mío, dejad entonces que la experiencia hable por mí: en la cama los hombres revelan cosas que no dejarían escapar ni en un confesionario. Conozco yo más de los turbios negocios del Dux que sus mismos consejeros.

Esta mujer no deja de asombrarme.

–Sabed, doña Demetra, que creo que contribuiré a hacer vuestra fortuna. En menos de lo que cuesta decirlo seréis la Vittoria Colonna de la República de Venecia.

Deja deslizar sus brazos por mi pecho y acerca la boca a mi oído:

–Con la diferencia, don Ludovico, de que Vittoria Colonna hace mi mismo trabajo sin querer admitirlo. Se da aires de gran seductora y finge no saber lo que los artistas como Miguel Ángel esperan de ella.

–Entonces, digamos tan solo que os haréis rica.

–Y también vos. Y acaso me contéis algo más de lo que habéis venido a hacer aquí. Pero os aconsejo que os apresuréis, si queréis tener el placer de contarle a una mujer lo que aún su intuición no le ha sugerido.

CAPÍTULO 12
Venecia, 28 de febrero de 1546

—¡Llevalda despacito, pues la he hecho traer expresamente de Padua!

Los obreros hacen rodar con cuidado la cuba al fondo de la sala.

Las viejas mesas han desaparecido, sustituidas por piezas del mejor carpintero de Venecia. Unos velos coloreados cubren las viejas paredes húmedas pintadas de nuevo y un gran espejo destaca detrás del mostrador de los licores. Refleja la imagen de un hombre robusto, rostro marcado por el tiempo y cabellos grises. Me quedo un instante mirándolo, observando aquello en lo que me he convertido en cuarenta y cinco años de vida. El cuerpo parece conservar aún su fuerza intacta, pero no ya tan presta y ágil a los ojos de quien la hizo irradiar en las barricadas. Qué absurdo milagro son los espejos, y esta ciudad está llena de ellos, no hay tienda o mercería donde uno no se encuentre expuesto a alguno de los finos trabajos de los maestros vidrieros locales. Un mundo invertido, simétrico, donde la diestra se vuelve siniestra: no creía que tuviera la nariz tan torcida.

He de ahuyentar de mí toda preocupación, hay muchas cosas que hacer: la inauguración es esta noche.

Doña Demetra viene a mi encuentro con una sonrisa:

—Las muchachas están listas.

—¿Y los asados?

—La cocinera está en ello.

Mira a su alrededor casi perdida:

—¡Este lugar no parece ya el mismo!

—Eso es mérito sobre todo vuestro, habéis elegido con gusto.

—¿Os pondréis el vestido nuevo esta noche?

—No temáis: no me he gastado el dinero que me he gastado para dejar que se enmohezca en un cajón.

Pietro Perna irrumpe en la posada con los brazos abiertos. Se detiene boquiabierto, ve a doña Demetra, trata de recomponerse y avanza con una inclinación:

—¡Mis respetos a la más bella joya de toda Venecia!

—Sois el adulador más galante que haya existido jamás, micer Perna. Pero os habéis anticipado, pues no abriremos antes de la puesta del sol.

—Lo sé y os aseguro que no veo llegar la hora de probar los platos que nos tenéis reservados.

—Así pues, ¿qué os trae por aquí?

—Antes de trasponer el umbral estaba convencido de saberlo, pero la luz de vuestros ojos me ha confundido el pensamiento.

Doña Demetra estalla a reír, mientras tomo a Perna por un brazo y lo conduzco al fondo de la sala.

—Dejaos de zalamerías, ¿qué sucede?

Da un paso atrás y adelanta las manos:

—¿Ya estáis, compadre? ¿Estáis preparado?

—Soy todo oídos, hablad.

—Martín Lutero ha muerto.

El vino corre a raudales de las cubas, mientras los vasos pasan de mano en mano, en una larga cadena humana que serpentea entre el gentío del local. Vocerío de mujeres y hombres alegres, mercaderes, logreros y hasta algún aristócrata de rango menor.

Bindoni está dando buena cuenta del muslo de un faisán, que mordisquea con cuidado, procurando no mancharse el traje bueno. Arrivabene se hace alisar los cabellos por una de las muchachas, riendo con las frases que le son susurradas al oído.

Perna es el centro de una de las mesas, contando anécdotas de la vida pasada entre una ciudad y otra:

—¡Nooo, señores, el Coliseo es un timo... un lugar horrible, os lo aseguro yo, lleno de gatazos roñosos y ratones grandes como corderos!

En la mesa de al lado cuatro jóvenes vástagos de las corporaciones de los boticarios no dejan más que los huesos de un lechón asado, intercambiando miradas muy explícitas con las muchachas sentadas al fondo de la sala.

Detrás de un corrillo de cabezas, en la mesa apoyada contra la pared, un hombre y una joven se intercambian efusiones.

Me acerco a doña Demetra detrás del banco.

—¿Quiénes son esos dos que hay sentados al fondo? Nadie se trae a su amante a un burdel...

Escruta y asiente:

—Sí es la mujer de otro, sí. Ella es Caterina Trivisano, mujer de Pier Francesco Strozzi.

—¿Strozzi? ¿El prófugo romano? ¿El que se entienda con el embajador inglés?

—Él precisamente. Y el que está con ella es el amigo del marido, espera... Donzellini, sí, Girolamo Donzellini. Tuvo que salir por piernas de Roma con su hermano y Strozzi porque iban detrás de él. Es un estudioso, traduce del griego antiguo, creo.

—¿Y sabes por qué lo perseguían?

Doña Demetra frunce sus relucientes ojos:

—No, pero en Roma parece que no sepan hacer otra cosa desde hace algún tiempo.

Me río y trato de retener el nombre. Un círculo de literatos disidentes al alcance de la mano.

Un poco más allá, tres individuos permanecen aparte disfrutando del espectáculo de la alegre compañía reunida en torno a Perna.

Doña Demetra se me adelanta:

—Nunca vistos antes. Por la vestimenta yo diría que son extranjeros.

Cojo una botella y un vaso y me acerco a la mesa de los solitarios, no sin antes haber pescado al vuelo parte de una frase de Perna:

—... ¡Florencia, por supuesto, Florencia, señor mío, si quiere se lo pongo por escrito, es la ciudad más bella del mundo!

Las ropas son elegantes, paños y cortes refinados, los rasgos físicos indudablemente mediterráneos: cabellos negros, más largos de lo normal, recogidos detrás de la nuca con cintas de cuero oscuro. Barbas finísimas, que arrancan de debajo de las orejas hasta acabar en una punta apenas insinuada.

Me dirijo a ellos en latín:

—Salve, señores, soy Ludwig Schaliendecker, regentador de la casa.

Una leve inclinación de cabeza:

—Por desgracia mi latín no es tan bueno como mi portugués y mi flamenco.

—Entonces podremos entendernos con el idioma de Amberes, si os parece. Espero que hayáis disfrutado de la cena ofrecida por el Tonel.

Un poco asombrado:

—Mi nombre es João Miquez, portugués de origen, flamenco de adopción. —Señala al joven de su derecha—: Mi hermano Bernardo, y este es Duarte Gómez, agente de mi familia en Venecia.

Si hubiera podido tener alguna duda respecto a la riqueza de este hombre, el arete de oro macizo que lleva en la oreja izquierda la disipa por completo. Poco más de treinta años, ojos negros y un buen olor a curtidos, especias y esencias marinas al mismo tiempo.

—¿Queréis beber conmigo?

—Es para nosotros un placer beber a la salud de quien ha ofrecido una comida exquisita. Si queréis honrarnos con vuestra compañía...

Me acerca la silla con un gesto elegante.

Me siento:

—Sin duda, debéis de saber, señor, que hoy un viejo enemigo ha decidido estirar por fin la pata. Tentado estoy de brindar por este feliz acontecimiento.

Los tres se dirigen una mirada incomprensible, como si pudieran hablarse con el solo pensamiento, pero siempre es el mismo el que lleva la voz cantante:

—Querréis entonces decirnos quién era esa persona que fomentaba vuestro odio.

—Nada más que un viejo fraile agustino, alemán como yo, que en su juventud fue capaz de traicionar como un bellaco tanto a mí como a miles de desventurados.

El portugués sonríe afablemente, los dientes blanquísimos y perfectos:

—Permitid entonces que brinde por la muerte dolorosa de todos los traidores, de quienes lamentablemente este mundo está lleno.

Los vasos se vacían.

—¿Estáis desde hace mucho en Venecia, señores?

—Llegamos el otro día. Fuimos a casa de una tía mía, que vive aquí desde hace ya más de un año.

—¿Mercaderes?

El hermano más joven:

—¿Es que hay alguien que venga a Venecia que no lo sea? ¿Y vos, señor, habéis dicho que erais alemán?

—Sí. Pero he comerciado bastante en Amberes como para hablar la lengua de esa tierra.

Miquez pone cara radiante:

—Espléndida ciudad. Pero no como esta... y por supuesto menos libre.

La sonrisa es impenetrable, pero hay un destello alusivo en esa frase.

Lleno de nuevo los vasos. No estoy obligado a decir nada, pues me encuentro en mi casa.

—¿Conocéis Amberes?

—Pasé allí los últimos diez años, debe de ser una casualidad que no me topara nunca con vos.

—Así pues, decidisteis trasladar vuestros negocios aquí.

—En efecto.

—Al llegar me dijeron que quien viene a Venecia o es un mercader o un fugitivo. Y a menudo uno es ambas cosas a la vez.

Miquez hace un guiño, los otros dos parecen incómodos:

—¿Vos a qué especie pertenecéis?

Parece que nada pueda hacerle perder su aire sereno, el de un gato tomando el sol en una repisa.

—A la de los ricos fugitivos... Pero no tan rico como vos, creo.

Ríe a gusto:

–Quisiera proponeros yo un brindis, señor. –Alza el vaso–. Por las fugas que tienen éxito.

–Por las tierras nuevas.

Los últimos clientes encaran la puerta inseguros sobre sus piernas, haciendo esas cual barcas contra el viento. Recojo a Perna de la mesa en la que se ha desplomado.

–¿Dónde ha ido a parar tu auditorio?

Levanta la cabeza con gran esfuerzo, la mirada turbia, regurgita un rebuzno inarticulado:

–Son todos unos estúpidos... Se han llevado a todas las chicas...

–Pero qué chicas, es mejor que te echés en una cama. No debe de ser el néctar toscano, sino el vino véneto el que te ha tumbado de este modo.

Lo ayudo a levantarse y lo llevo hacia las escaleras. Doña Demetra viene a nuestro encuentro.

–¿Qué podemos hacer por nuestro galante librero, que tan amablemente ha entretenido a nuestros huéspedes?

Perna, voz estridente, da un respingo con los ojos como platos:

–¡Mi reina de las noches insomnes! Estas deformes facciones no me impiden admirarla, incensarla, a-do-rar-la... –Se abandona como un peso muerto en las faldas de doña Demetra, que lo abraza divertida.

–Si no supiera el irresistible seductor que estáis hecho, pensaría que sentís debilidad por mí, mujer de pobres conocimientos y de infinitas debilidades.

Lo arrastro arriba en peso, conteniendo su impulso hacia atrás:

–¡Os lo ruego!

Consigo echarlo sobre la cama, completamente dócil ya, casi exánime.

–Bueno, toscano, por esta noche has tenido ya bastante, nos veremos mañana...

Con un hilo de voz:

–No, no... espera. –Me agarra del brazo–. Pietro Perna no se lleva a la tumba sus secretos. Acércate...

No tengo elección, el aliento terrible de borracho me da en la cara. Susurra:

–Yo soy... –duda– de Bérghamo.

Casi llora, como si estuviera confesando un pecado innombrable:

–Gente tacaña... mujeres repugnantes... cerriles... ignorantes... Te he mentido, compadre, les he mentido a todos.

Me contengo para no echarme a reír en su cara. Mientras abro la puerta, lo oigo que dice aún:

–El espíritu... el espíritu es toscano.

CAPÍTULO 13
Venecia, 6 de marzo de 1546

Bajamos por el puentecillo a calle de' Bottai. Marco echa a andar con el carrito, hasta los topes de vituallas. Lo precedo, pero caigo enseguida en la cuenta de que hay algo extraño: no hay por dónde pasar, cuatro tipos bien plantados bloquean la calle. Uno de ellos es el Mulo.

También Marco los ve, disminuye la marcha. Una mirada, cojo el carrito:

-Ve detrás de mí.

Bajo despacio, apunto hacia ellos, el carrito a modo de ariete.

Estampo a uno contra la pared, los otros vienen sobre mí, cuchillo en mano. Ruido de pasos a mis espaldas y los gritos de terror de Marco. Tres tipos desembocan a todo correr, las espadas desenvainadas e imprecaciones en portugués.

El Mulo y los suyos se echan atrás, uno de los portugueses se pone a mi lado, los otros dos avanzan esgrimiendo las espadas. Los compinches del Mulo huyen corriendo.

Duarte Gómez tiene la punta en la garganta del único que ha quedado:

-Me gustaría matarte como a un perro, señor.

Los hermanos Miquez vuelven a paso ligero, João sonrío y grita en flamenco:

-¡No vale la pena, compadre!

Gómez le hace un chirlo en la mejilla, un garabato de sangre:

-Largo de aquí, bastardo.

Escapa hacia el Gran Canal.

-Parece que debo estaros agradecido, don João.

El portugués envaina de nuevo la espada, una toledana guarnecida, hace una inclinación y sonrío:

-Poca cosa en comparación con la espléndida hospitalidad de la otra noche.

El menor de los Miquez, Bernardo, tranquiliza a doña Demetra:

-No tenéis nada que temer, señora. Esos cuatro miserables no os molestarán más.

-Eso espero, señores, eso espero de verdad. Les estoy infinitamente agradecida.

-¿Tan seguro estáis de ello?

Es el mayor quien me responde:

—Sin la menor duda. En ciertos ambientes las voces corren rápidas. De hoy en adelante se sabrá que una injusticia hecha a vos o a vuestras chicas será como si nos fuera hecha a nosotros.

—¿Tan poderosa es vuestra familia?

Don João habla despaciosamente tratando de captar mi reacción:

—La sefardita es una gran familia, cuyos miembros están habituados a echarse una mano unos a otros, para hacer frente a las dificultades de ser siempre extranjeros en tierra extranjera.

Un instante de silencio.

—Estoy sorprendido. No comprendo cómo doña Demetra y yo podemos formar parte de vuestra familia.

—Si aceptáis mi invitación a comer, con sumo gusto os haré las oportunas aclaraciones.

La larga barca surca el Gran Canal para tomar por río di San Luca.

Las imprecaciones del giboso Sebastiano, piloto de los Miquez, son incontables, dirigidas a todo aquel que cruza por delante de la proa.

De chico siempre me imaginé así al barquero del Hades, durante las lecciones clásicas del docto Melanchthon. Sucio, con una mata de pelo alborotado que la gorra no consigue contener, desprende un hedor a podrido que llega de la popa hasta nosotros. Encorvado, empuja el larguísimo remo casi en sentido vertical encima del escalmo.

Miquez es persona intuitiva:

—Brindamos por la muerte de los traidores, ¿lo recordáis? La buena estampa y las buenas maneras no cuentan frente a la lealtad de un servidor fiel.

Bajamos río dei Barcaroli, superando un ensanchamiento que parece una piscina, que luego se estrecha a la altura de un pequeño puente.

Miquez me indica a la izquierda:

—La iglesia de San Mosè. Venecia es la única ciudad cristiana en la que hay iglesias dedicadas a profetas del Antiguo Testamento. No penséis que ha sido concedido por generosidad con los judíos convertidos al cristianismo, los que llaman los Nuevos Cristianos, o más despectivamente, marranos. Nosotros contamos mucho aquí.

—Don João, me interesa mucho todo lo que estáis diciendo. La simpatía con los prófugos de todas las confesiones es casi un impulso instintivo para alguien que ha estado huyendo durante toda la vida de curas y profetas. Espero que no seáis parco en vuestros relatos.

—Delante de una mesa bien provista no tendremos necesidad de ocultarnos nada.

Desembocamos al fondo del Gran Canal, enfrente de la Dogana. No consigo contener el asombro por el enorme tráfico que entra y sale del canal. Un hormiguar de embarcaciones de toda forma y aspecto en la vía principal de Venecia. Galeotas y carracas atracadas en el gran muelle de San Marcos, galeras que se adentran en alta mar, un ir y venir de embarcaciones a remo y a vela de todos los tamaños. Y las imprecaciones de Sebastiano que no cesan.

Atracamos en la isla de Giudecca.

CAPÍTULO 14
Venecia, 6 de marzo de 1546

Campo Barbaro. La punta final de la Giudecca.

La espléndida mansión de los Miquez se halla enfrente de la plaza de San Marcos, que en un día claro de sol como este parece al alcance de la mano.

La casa es señorial, con un jardín interior rico en vegetación y plantas desconocidas. Los objetos hablan de un interminable vagabundeo: alfombras, porcelanas, muebles, paños, desde ramificaciones africanas que tocan de refilón a España y Portugal hasta las puertas de Oriente, pasando por el Turco que roza el Adriático y se cruza aquí con las formas moriscas ibéricas. Una mezcla extraña y original. Cruces griegas y enormes crucifijos de plata españoles, pero también candelabros de siete brazos y relicarios que contienen rollos de pergamino y monedas, que parecen provenir de los sepulcros de los profetas de la Biblia.

Hacen que me acomode en un amplio patio, que da al jardín. João Miquez abre con cautela una caja de madera y me ofrece un cigarro. No consigo refrenar un impulso de entusiasmo y de agradables recuerdos.

—Es un placer encontrar a una persona que sabe apreciar los aromas de las Indias.

Una sombra imprevista se antepone a cualquier otra preocupación.

—Don João, en mi vida he conocido poco el fasto y el lujo y siempre he tenido que fiarme de la intuición. —Una mirada alrededor—. Por lo que veo sois uno de los hombres más ricos de Venecia. Venís a cenar a mi burdel, me salváis la vida y me invitáis a vuestra casa. ¿Por qué?

Con una sonrisa desarmante, asiente:

—Por fin una reacción de alemán. —Me pone un dedo de vino en un vasito de cristal—. Y si no fuera porque es así como os llaman, me hubiera costado creerlo. Pues debéis saber que, cuando se llega a una nueva ciudad decidido a no estarse de brazos cruzados, hay que comprender deprisa qué oportunidades se presentan y a quién vale la pena conocer. —Me lanza una mirada alusiva—. Vuestros paisanos los llaman negocios. Yo los llamaría más bien afinidades que hacen la vida más sabrosa, abriendo interesantes perspectivas.

Lo interrumpo:

—¿Estáis seguro de que un regentador improvisado de un burdel es lo que andáis buscando?

—Un alemán llega a Venecia de Suiza. Tiene un pasado en gran parte desconocido, una considerable fortuna acumulada presumiblemente en los puertos del norte, frecuenta a los librereros y a los impresores locales de igual a igual, sabe mantener a raya a los mequetrefes y abre el burdel más lucido de la ciudad. Y por si fuera poco lleva el nombre de un hereje al que vi quemar extramuros de Amberes: Lodewijck de Schaliendecker, más conocido como Eloi Pruystinck.

La sangre palpita a lo loco. No he de perder el control. Respirar hondo: expulso fuera la tensión.

La mirada fija:

—¿Cómo pensáis que debe continuar esta conversación?

Los ojos negros contrastan con los dientes blancos que apenas deja entrever:

—Somos todos mercaderes y fugitivos. No tenemos necesidad de ceremonias.

—En esto estamos de acuerdo. Y decidme entonces quién sois.

Se acomoda en el asiento, relajado, el cigarro en una mano, el vaso en la otra:

—Mi fuga comenzó veinte años antes de que yo naciera, cuando en mil cuatrocientos noventa y dos los reyes católicos Fernando e Isabel, soberanos de Aragón y de Castilla, decidieron saldar la inmensa deuda contraída con los banqueros judíos, desencadenando contra ellos la Inquisición. Mis antepasados tuvieron que huir apresuradamente la primera vez, buscando refugio en Portugal, donde, por obvia conveniencia, abrazaron la fe cristiana, poniendo a salvo su patrimonio. Yo nací en Lisboa en mil quinientos catorce y mi tía, Beatriz de Luna, cuatro años antes que yo. Éramos ricos y una de las familias más respetadas de Portugal. Mi tía, doña Beatrice, a la que pronto conoceréis, cruzó sus riquezas con las del banquero Francisco Méndez, poco antes del año treinta. En pocos años la historia se repitió: los monarcas portugueses, dramáticamente desprovistos de caudal, pusieron en pie la Inquisición y la desencadenaron contra los judíos para hacerse con sus propiedades. Pero estábamos preparados, lo estábamos desde hacía cuarenta años: mi tía se quedó viuda y heredera de las riquezas de los Méndez, mientras que ya nos aprestábamos a dejar para siempre Portugal. Fue en mil quinientos treinta y seis cuando llegamos a los Países Bajos.

Una pausa. Se encoge de hombros:

—João Miquez, Juan Micas, Jean Miche, Giovanni Miches, o Zuan, como me llaman aquí. Mi nombre tiene tantas versiones como países he recorrido. Para el emperador Carlos Quinto era Jehan Micas.

La tensión se ha relajado un poco, la expresión abierta del rostro pretende que me fie.

—¿Habéis sido banquero del Emperador?

Asiente:

—Sí, pero con nosotros no se mostró tan generoso como con los Fugger de Augsburgo. Tuvimos que ganarnos nuestro pequeño espacio arrebatándoselo a la codicia de esos compatriotas vuestros a los que no agrada la competencia. Al cabo de algún tiempo, también el Emperador comenzó a tener en su punto de mira nuestro patrimonio y propuso que mi prima fuera dada en matrimonio a un pariente suyo, un gentil, Francisco de Aragón. Mi tía, que sentía una saludable desconfianza por las estrategias matrimoniales del Emperador, rehusó. Y así el Católico pensó en acusarnos de judaizantes, y fuimos denunciados a la Inquisición como falsos cristianos. Menuda cara dura, ¿no os parece? Primero nos obligan a cambiar de fe y luego nos lo echan en cara. Pero el dinero, dinero es al fin y al cabo, y la Inquisición en los Países Bajos vela sobre todo por los intereses de Carlos y de sus amigos Fugger...

Se detiene, espera que capte lo que, estoy casi seguro, es más que una alusión. No puedo saber con exactitud a quién tengo delante de mí, pero las hipótesis y los presentimientos deben de hacer que se devane los sesos al menos tanto como yo.

Prosigue:

—Sabíamos que Carlos Quinto no nos habría dejado salir de sus territorios fácilmente, por lo que ideamos un plan. Fingí una fuga por razones de amor con mi prima Reyna, nos escapamos hacia Francia. Mi tía, con la excusa de perseguir a su engatusada hija, se vino detrás de nuestros pasos. Yo me detuve en la frontera y, tras poner a salvo a las mujeres, volví a Amberes para evitar el secuestro del patrimonio familiar. No lo conseguí hasta después de dos años de agotadoras negociaciones con el Emperador y comprando a los inquisidores a precio de oro. Y por último aquí me tenéis.

Un sirviente se acerca por su espalda y le susurra algo al oído.

Miquez se pone en pie:

—La comida está servida. ¿Seguís pensando aún en comer con nosotros?

Dudo, mirándolo directamente a los ojos.

—Hoy me habéis salvado la vida. No os encontrabais allí por casualidad, ¿no es cierto?

Sonríe:

—La ventaja de tener una familia tan amplia es que a uno se le multiplican los ojos y los oídos. Pero espero que aprendáis a apreciar-nos por todas nuestras demás cualidades.

—¿Cuándo comenzó vuestra fuga?

Una biblioteca lujosa, estrecha y alargada, estantes de madera taracea, volúmenes antiguos; a sus espaldas, detrás del escritorio, colgada de la pared, una cimitarra morisca.

—Ya os lo he dicho, desde que curas y profetas pretendieron adueñarse de mi vida. Estuve con Müntzer y los campesinos contra los príncipes. Anabaptista en la locura de Münster. Justiciero divino con Jan Batenburg. Compañero de Eloi Pruystinck entre los espíritus libres de Amberes. Un credo distinto en cada ocasión, siempre los mismos enemigos, una única derrota.

—Una derrota que os ha deparado un discreto patrimonio. ¿Cómo lo lograsteis?

—Estafando a los Fugger con sus mismas armas y pagando el precio que no hubiera querido. Eloi me recogió cuando estaba medio muerto y me ofreció una vida, posibilidades, personas a las que amar. Y el viejo instinto de lucha, con objetivos y armas nuevos. La cosa funcionó hasta que la Inquisición cayó sobre nosotros. La ironía del destino es que esperábamos a los esbirros y en cambio se presentaron los curas.

Me interrumpe:

—¿Y eso os extraña? Nuestra historia os habría enseñado algo al respecto. Yo siempre he creído que eso de la estafa a los Fugger era una leyenda, pues circulaban rumores por Amberes, pero no parecía posible. ¿Cuánto sacasteis?

—Trescientos mil florines. Con falsas letras de cambio.

Una expresión de complacencia, musita:

—¿Y de veras pensabais que Anton el Chacal iba a quedarse viéndolas venir? Apostaría a que fue él quien mandó detrás de vosotros a los cuervos del Santo Oficio. En los Países Bajos también la Inquisición es una filial de los Fugger y seguro que a Anton le convino más quitaros de en medio como herejes que denunciar que se la habían jugado. Pienso que es un milagro que estéis vivo.

Me quedo reflexionando, las afirmaciones simples y directas de Miquez dejan poco margen para la duda.

—¿Cuál es la lección? Pues que te joden en cualquier caso. Hay que quedarse parado, no atreverse nunca.

Miquez, serio:

—Exactamente lo contrario: hay que moverse muy rápido. Más rápido que ellos. Confundirse entre la multitud, apuntar a un objetivo, lisonjear a los enemigos, y tener siempre un equipaje ligero. —Abre los brazos con un ademán omniabarcador—: ¿De lo contrario qué estaríamos haciendo aquí? En Venecia, el burdel del mundo.

Le insisto:

–Vayamos al grano, entonces. ¿Qué tenéis en mente?

Vuelve a encender la punta del cigarro y por un instante los rasgos regulares del rostro se pierden en medio de las volutas.

–La imprenta. –Busca las palabras–. La imprenta es el negocio del momento. Y no es únicamente importante por una simple cuestión de negocio: transmite las ideas, fecunda las mentes y, cosa no desdeñable, refuerza las relaciones entre los hombres. Para una familia importante y sin embargo en permanente riesgo como la mía, pero tal vez más en general para todos los judíos, puede resultar decisivo entablar relaciones con hombres de letras, estudiosos, personas reconocidas y dignas de confianza que pueden influir en otras, en sus comunidades de origen. Si lo queréis, es un mecenazgo interesado y es por esto por lo que no solo me atrae la edición judía. Estoy ya en tratos con los mayores editores venecianos: Manucio, Giolito. Con doña Beatrice, mi tía, hemos visto imprentas aquí y en Ferrara. Publicamos el Talmud, pero también a Lando, a Ruscelli, a Reinoso. Nos anima la pasión por las letras. Doña Beatrice podría renunciar a todas las demás actividades excepto a esta. No me cabe la menor duda de que es una de las mujeres más cultas de Europa. –Se inclina ligeramente sobre el escritorio–. No tendréis ninguna dificultad en comprender por qué me interesa favorecer al partido de los tolerantes y de los moderados dentro y fuera de la Iglesia, y obstaculizar la propagación de la intransigencia religiosa y de la guerra espiritual llevada a cabo por el Santo Oficio. Para ello necesito personas capaces de olfatear las nuevas corrientes de pensamiento, las obras destinadas a persuadir los espíritus y a cambiar el curso de los acontecimientos.

Recorro con la mirada los títulos de los libros alineados en los estantes, textos árabes, judíos, cristianos, reconozco la Biblia de Lutero. Luego me vuelvo hacia él:

–No puedo hacer ver que el terreno me es ajeno. Estoy trabajando en una operación de este tipo. ¿Habéis oído hablar de El beneficio de Cristo?

Mira hacia arriba, haciendo girar los ojos:

–No. Pero no me atrevería a afirmar que doña Beatrice no sepa algo acerca de él.

–Oficialmente, el autor es un fraile benedictino mantuano, pero detrás hay algunos importantes literatos que simpatizan con Calvino y exponentes del partido moderado romano, que llaman espirituales. Se trata de un libro astuto, destinado a buscarle tres pies al gato, porque su contenido es ambiguo y está expuesto en un lenguaje que todo el mundo puede comprender. Una obra maestra de la simula-

ción, sobre la que ya muchos se devanan los sesos. Fue impreso por vez primera hará tres años, precisamente aquí en Venecia. Desde entonces su aceptación no ha dejado de crecer. Tenemos ya listos mil nuevos ejemplares por repartir, aparte de aquí, entre los territorios al oeste y al sur de la Serenísima. Estimamos que podremos poner en circulación diez mil en tres años.

Un gesto de aprobación con la cabeza, tamborilea con sus finos dedos sobre la mesa:

—Hum. Muy interesante. Una empresa ambiciosa, que requiere de medios adecuados. Habéis hablado de los territorios al oeste y al sur de la República. ¿Y por qué no pensáis también en los del este y el norte? Quince, tal vez veinte mil ejemplares, poniendo a trabajar más imprentas, comprometiendo a otros editores como cobertura. Cuento con buenos contactos en Croacia y en Francia. Luego estaría Inglaterra, lugar de infinitas posibilidades. Tengo las naves, la red de contactos y decenas de mercaderes complacientes dispuestos a hacer circular cualquier cosa. Espero que queráis considerar todo esto. En cualquier caso os agradecería que me proporcionarais un ejemplar del libro para regalárselo a mi tía, que anda siempre a la caza de la última piedra de escándalo.

—Qué duda cabe que sabéis hacer las ofertas. Pero no puedo tomar ninguna decisión sin antes haberlo consultado con mis socios. Meterse en negocios con vos significaría ampliar en mucho las perspectivas de la operación.

Miquez abre los brazos y sonríe generosamente:

—Lo comprendo muy bien. Tomaos el tiempo que necesitéis. Ya sabéis dónde encontrarme.

—También vos, espero que tenga ocasión de corresponder a vuestra hospitalidad. Más de una de nuestras muchachas os han echado el ojo.

Se encoge de hombros y me mira con ironía:

—Ay, las mujeres se sienten a menudo atraídas por lo que no pueden tener. El placer es materia opinable y elige caminos diversos.

—Se da cuenta de mi estupor y añade—: Pero no temáis, Duarte y yo no nos privaremos de la buena cocina y de la excelente bodega del Tonel.